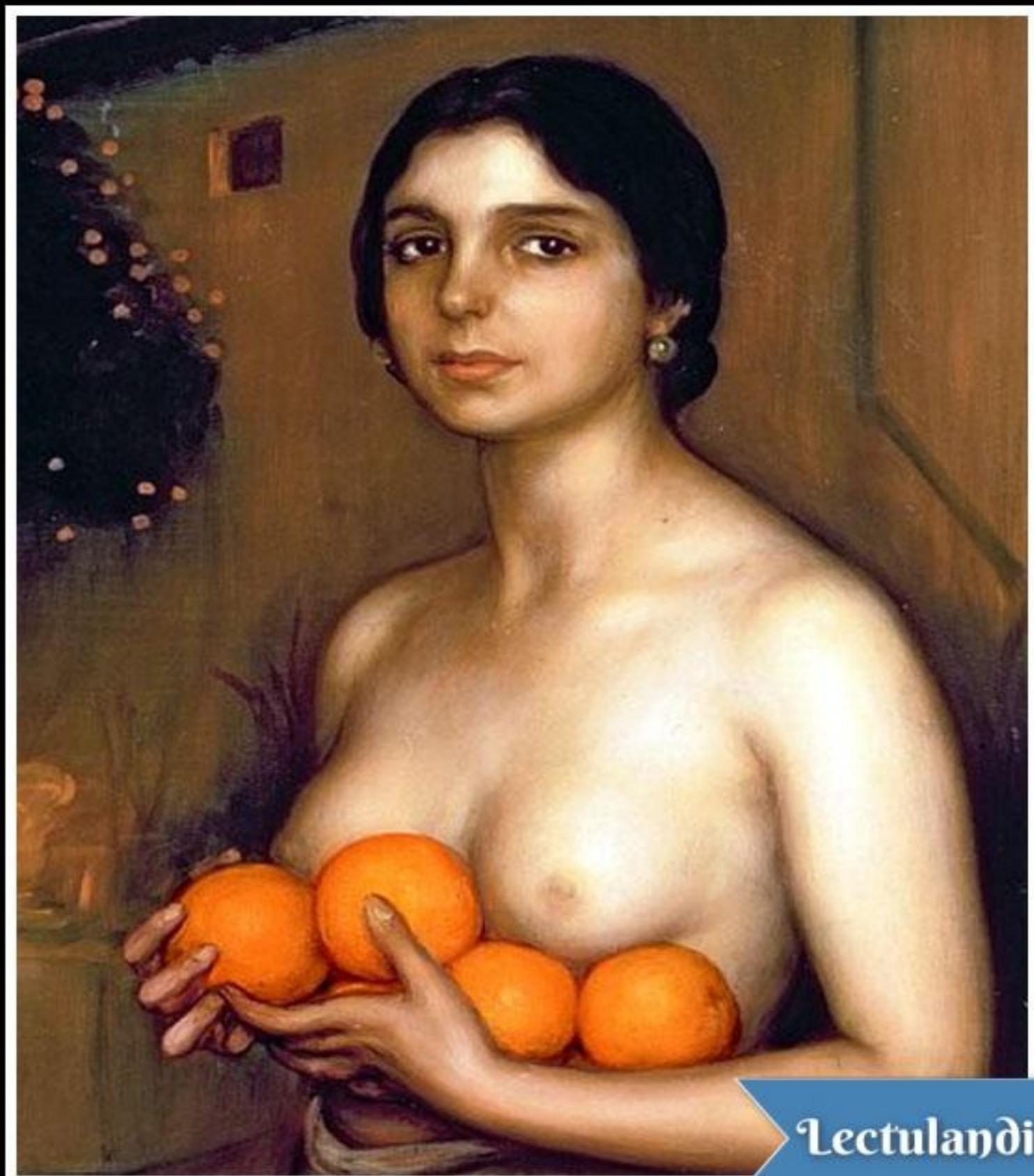


Italo Calvino

BAJO EL SOL JAGUAR



Lectulandia

La sensualidad que se desprende de la lectura de estas tres breves obras maestras, y que nos embarga en la fantasía de un perfume muy especial, en el ritual casi mitológico de un peculiar sabor y en la inquietante multiplicidad de un sonido, nos ayuda a olvidar que el proyecto de Italo Calvino era el de completar este libro con los sentidos del tacto y de la vista. Difícil será borrar de la memoria la presencia casi corpórea de los aromas que busca incesantemente ese elegante hombre maduro para su amante, los exóticos platos que despiertan el deseo en ese escritor que visita templos mexicanos o las obsesivas resonancias que amenazan a un rey demasiado poderoso. ¿Quién de nosotros no ha sido alguna vez víctima consentida de la persistente presencia de los sentidos? Surgen entonces los insinuantes fantasmas que pueblan en la sombra nuestra cotidiana rutina...

Lectulandia

Italo Calvino

Bajo el sol jaguar

ePub r1.0

jugaor 23.04.15

Título original: *Sotto il sole giaguaro*

Italo Calvino, 1986

Traducción: Aurora Bernárdez

Ilustración de cubierta: *Naranjas y limones* (1927) de Julio Romero de Torres, óleo y temple sobre lienzo, 104 × 7 cm

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Nota preliminar

En 1972 Calvino empezó a escribir un libro sobre los cinco sentidos.

Cuando murió en 1985, sólo había terminado tres de los cinco cuentos: «El nombre, la nariz», «Bajo el sol jaguar» y «Un rey escucha». No cabe duda de que, si él hubiera podido completarlo, este libro sería hoy diferente. Considerando su obra anterior y las conversaciones que sobre estos cuentos mantuvimos, creo que no se hubiera limitado a escribir dos cuentos más, los que faltan, sobre la vista y el tacto. Sé que dudaba entre dos posibilidades: la de escribir un texto-ensayo de introducción como en *Nuestros antepasados*, o, más probablemente, la de dar a la obra una estructura portante como en *Si una noche de invierno un viajero*, en cuyo caso se hubiera tratado de un marco-novela, o sea otro libro.

En unas notas escritas pocos días antes de caer enfermo —cuando había comenzado a pensar en la estructura general del libro— Calvino se refirió a la importancia del marco y lo definió así el 2 de septiembre de 1985:

«Hay una función fundamental, tanto en arte como en literatura, que es la del marco. Marco es aquello que señala el límite entre el cuadro y lo que está fuera de él: permite al cuadro existir, aislándolo del resto, pero recordando a la vez —y en todo caso representando— todo aquello que del cuadro permanece fuera de él. Podría arriesgar una definición: decimos que es poética una producción en la que cualquier experiencia singular adquiere evidencia destacándose de la continuidad del todo pero conservando como un reflejo de aquella vastedad ilimitada».

En realidad, sería preferible considerar *Bajo el sol jaguar* no como algo que Calvino comenzó y no terminó, sino meramente como tres cuentos escritos en diferentes periodos de su vida.

ESTHER CALVINO

El nombre, la nariz

Como epígrafes de un alfabeto indescifrable, la mitad de cuyas letras han sido borradas por el esmeril del viento cargado de arena, así quedaréis, perfumerías, para el hombre sin nariz del futuro. Seguiréis abriéndonos las silenciosas puertas de vidrio, amortiguaréis nuestros pasos en las alfombras, nos acogeréis en vuestro espacio de estuche, sin ángulos, entre los revestimientos de madera laqueada de las paredes, vendedoras y patronas arreboladas y carnosas como flores artificiales seguirán rozándonos con los redondos brazos armados de vaporizadores o con el ruedo de la falda al estirarse de puntas de pies subidas a los taburetes: pero los frascos, las botellitas, las ampollas con sus tapones de vidrio piramidales o facetadas continuarán tejiendo en vano de un anaquel a otro la red de recuerdos consonancias disonancias contrapuntos modulaciones progresiones: nuestras sordas narices ya no captarán las notas de la gama: los aromas almizclados no se distinguirán de los cítricos, el ámbar y la reseda, la bergamota y el benjuí permanecerán mudos, sellados en el calmo sueño de los frascos. Olvidado el alfabeto del olfato que elaboraba otros tantos vocablos de un léxico precioso, los perfumes permanecerán sin palabra, inarticulados, ilegibles.

Una gran perfumería podía suscitar vibraciones muy diferentes en el alma de un hombre de mundo: como en los tiempos en que en los Champs Elysées mi carruaje se detenía con un brusco tirón de riendas delante de una conocida enseña, y yo bajaba precipitadamente, entraba en la galería de espejos dejando caer a un tiempo capa sombrero de copa bastón guantes en las manos de las muchachas que acudían enseguida a recogerlos, y Madame Odile venía a mi encuentro como volando sobre el falbalá: «¡Monsieur de Saint-Caliste! ¿Qué buenos vientos? ¿En qué, decidme, podemos servirlos? ¿Una colonia? ¿Una esencia de vetiver? ¿Una pomada para rizar los bigotes? ¿Una loción que devuelva al cabello su verdadero color de ébano? ¿O bien», y pestañeaba acomodando los labios en una sonrisa maliciosa, «es un añadido a la lista de regalos que cada semana mis repartidores entregan discretamente en vuestro nombre, en direcciones ilustres y oscuras desparramadas por todo París? ¿Es una nueva conquista la que estáis por confiar a vuestra fiel Madame Odile?».

Y como yo, agotado por la agitación, callaba y me retorció las manos, las

muchachas empezaban a agitarse a mi alrededor: una me quitaba la gardenia del ojal para que ni siquiera su débil fragancia turbase la recepción de los perfumes, la otra me extraía del bolsillo el pañuelo de seda para que estuviera preparado a absorber las gotas de los muestrarios entre los cuales debía escoger, la tercera me vaporizaba con agua de rosas el chaleco para neutralizar el hedor de cigarro, la cuarta me pasaba una pincelada de laca inodora por los bigotes para que no se impregnaran de las diversas esencias trastornándome las narices.

Y la señora: «¡Ya veo, es una pasión! ¡Hace mucho que me la esperaba! ¡Monsieur no puede ocultarme nada! ¿Es una gran dama? ¿Es una reina de la comedia? ¿De las variedades? ¿O durante una despreocupada excursión al *demi-monde* habéis resbalado inesperadamente en el sentimiento? Pero ante todo, ¿en qué serie la clasificaríais: es dama de *jazminados*, de *frutales*, de *penetrantes*, de *orientales*? ¡Dímelo, *mon chou!*».

Y una de las vendedoras, Martine, me hacía ya cosquillas debajo de la oreja con la yema del dedo mojado en pachulí (y mientras tanto empujaba debajo de mi axila el agujón de su pecho), y Charlotte me tendía para que lo oliera un brazo perfumado de acacia (en otros tiempos con aquel sistema había recorrido yo un muestrario entero dispuesto sobre su cuerpo), y Sidonie soplabla en mi mano para hacer evaporar la gota de eglantina que había depositado (entre sus labios se asomaban los pequeños dientes cuyos mordiscos yo bien conocía), y otra a quien nunca había visto, una chiquilla nueva (que en mi preocupación apenas rocé con un pellizco distraído) me tomaba como blanco apretando la perilla del pulverizador como invitándome a un duelo amoroso.

«No, Madame, no es eso, a fe mía», logré decir. «¡Lo que tengo que encontrar no es el perfume que se adapte a una mujer que conozco! ¡Lo que busco es la mujer: una mujer de la que sólo conozco el perfume!».

En momentos como éstos es cuando el genio metódico de Madame Odile da lo mejor de sí mismo: sólo un riguroso orden mental permite reinar en un mundo de efluvios impalpables. «Procedamos por exclusión», dijo, poniéndose seria, «¿huele a canela? ¿Contiene algalia? ¿Es violáceo? ¿Es almendrado?».

¿Pero cómo podía describir con palabras la sensación lánguida y feroz que había experimentado la noche anterior en el baile de disfraces cuando mi misteriosa compañera de vals con un gesto indolente había hecho deslizar el chal de gasa que separaba su blanco hombro de mis bigotes y una nube atigrada y flexible me había agredido las narices como si estuviera aspirando el alma de un tigre?

«¡Es un perfume diferente, a fe mía, que no se parece a ninguno de los que me hayáis propuesto jamás, Madame Odile!».

Las muchachas ya trepaban a los anaqueles más altos, se pasaban con precaución frágiles ampollas, las destapaban apenas un segundo como con temor de que el aire contaminase las esencias que custodiaban.

«Este heliotropo», informaba Madame Odile, «sólo lo usan cuatro mujeres en

todo París: la duquesa de Clignancourt, la marquesa de Ménilmontant, la mujer del fabricante de quesos Coulommiers y su amante... Este palisandro me llega todos los meses expresamente para la embajadora del zar... Éste es un *pot-pourri* que preparo por encargo para dos clientas únicamente: la princesa de Baden-Holstein y la cortesana Carole... En cuanto a esta artemisa, recuerdo una por una a las señoras que la han comprado una vez pero no dos: parece que ejerce sobre los hombres una influencia deprimente».

Justamente eso era lo que yo pedía de la precisa experiencia de Madame Odile: dar un nombre a una conmoción del olfato que no lograba ni olvidar ni retener en la memoria sin que se destiñera lentamente. Tenía que darme prisa: también los perfumes de la memoria se evaporan: cada nuevo aroma que me hacían oler, a la par que se me imponía como algo diferente, irreductiblemente alejado del otro, con su prepotente presencia hacía más vago el recuerdo del perfume ausente, lo reducía a una sombra. «No, más agudo... quiero decir, más fresco... no, más denso...». En ese ir y venir por la escala de los olores me perdía, era incapaz de discernir ya en qué dirección debía seguir mi recuerdo, sólo sabía que en un punto de la gama se abría un vacío, un pliegue oculto donde anidaba el perfume que era para mí toda una mujer.

Y no era tal vez así cuando la sabana el bosque el pantano eran una red de olores y corríamos con la cabeza gacha sin perder el contacto con el terreno ayudándonos con las manos y con la nariz para encontrar el camino, y todo lo que teníamos que entender lo entendíamos con la nariz antes que con los ojos, el mamut el puercoespín la cebolla la sequía la lluvia son ante todo olores que se separan de los otros olores, la comida lo que no es comida los nuestros el enemigo la caverna el peligro, todo se siente primero con la nariz, todo está en la nariz, el mundo es la nariz, nosotros los de la horda es con la nariz como sabemos quién es de la horda y quién no, las hembras de la horda tienen un olor que es el olor de la horda, y además cada hembra tiene un olor que la distingue de las otras, entre nosotros entre ellos no hay a primera vista mucho que distinguir todos estamos hechos de la misma manera y además no vas a quedarte ahí mirando tanto, el olor sí el de uno es diferente del de otro, el olor te dice enseguida sin error lo que necesitas saber, no hay palabras ni datos más precisos que los que recibe la nariz. Con la nariz me di cuenta de que en la horda hay una hembra que no es como las demás, no es como las demás para mí para mi nariz, y yo corría siguiendo su huella en la hierba, explorando con la nariz todas las hembras que corrían delante de mí de mi nariz en la horda, así la encontré y era ella la que me había llamado con su olor en medio de todos los olores y así la aspiro toda entera con la nariz aspiro su llamada de amor. La horda se desplaza siempre corre trota y en la carrera de la horda si uno se detiene todos se te suben encima te pisotean te confunden la nariz con sus olores, yo que me he subido encima de ella ahora nos empujan nos tumban se suben todos encima de ella encima de mí todas las hembras

me huelen, se interponen todos y todas con sus olores que no tienen nada que ver con aquel olor que olía antes y ahora ya no lo huelo espera que lo busco, busco la pista de ella en la hierba hollada polvorienta, huelo huelo a todas las hembras, ya no la reconozco, me abro paso desesperado en medio de la horda buscándola con la nariz.

Por lo demás ahora que me despierto en el olor de la hierba y mi mano con la escobilla hace *zwlan zwlan zwlan* sobre el tambor para responder al *tlann tlan tlen* de Patrick en las cuatro cuerdas, porque creo estar tocando todavía *She knows and I know* en cambio sólo Lenny bañado en sudor le daba con ganas con las doce cuerdas y una chica de las que habían venido de Hampstead allí debajo arrodillada haciéndole cosas mientras él tocaba *ding bong dang iang* y todos los otros estaban muertos yo mismo exhausto la batería por el suelo que ni siquiera me había dado cuenta, con la mano trato de poner a salvo los tambores para que no me los desfonden, las cosas redondas que veo blancas en la oscuridad alargó la mano y toco carne por el olor parece carne tibia de muchacha, busco los tambores en la oscuridad que han rodado por tierra junto con las latas de cerveza, junto con todos que han rodado por tierra desnudos en los ceniceros volcados el hermoso trasero tibio al aire y decir que no es que haga tanto calor como para dormir desnudos en el suelo, está bien que somos tantos encerrados aquí dentro desde hace quién sabe cuántas horas pero la estufa de gas hay que meter otros *pennies* porque se ha apagado y apesta y basta, y yo ido como estaba me despierto con el sudor helado encima toda la culpa de la porquería que nos hicieron aquéllos en ese lugar pestilente allá por los *docks* con la excusa de que aquí podíamos hacer todo el ruido que quisiéramos toda la noche sin echarnos encima a los habituales policías y total a algún lugar teníamos que ir después de que nos sacaron a puntapiés de aquel sitio de Hammersmith, pero era porque ellos querían tirarse a esas chicas nuevas que nos vinieron detrás desde Hampstead y nosotros no habíamos tenido siquiera tiempo de ver quiénes eran y cómo eran, porque siempre a donde vayamos a tocar nos sigue un montón de chicas, y especialmente cuando Robin ataca *Have mercy, have mercy of me* se ponen en un estado que enseguida quieren hacer cosas y entonces empiezan todos los demás mientras estamos allí tocando bañados en sudor y yo dándole a la batería *hop-zum hop-zum hop-zum*, y ellos en el fondo *Have mercy have mercy on me ma-am*, y así esta noche tampoco hicimos nada con las chicas a pesar de que son *groupies* de nuestro conjunto y entonces lógicamente tendríamos que tirárnoslas nosotros y no los demás.

Así que ahora me levanto para buscar ese asco de estufa de gas y poner unos *pennies* para que funcione, camino con las plantas de los pies encima del pelo los traseros las guitarras las colillas las latas de cerveza las tetas los vasos de whisky volcados en la moqueta alguno ha de haber vomitado, es mejor que me ponga a gatas por lo menos veo por donde ando por lo demás no me tengo en pie, así que a la gente la reconozco por el olor, a nosotros con todo el olor que se nos pega encima nos

distinguen enseguida de los demás que sólo apestan a hierba asquerosa y a pelo sucio, y las chicas tampoco se lavan demasiado pero sus olores se mezclan un poco con los otros olores un poco los diferencian del resto y cada tanto se encuentran en esas chicas olores especiales que vale la pena oler, por ejemplo en el pelo cuando es ese pelo que no absorbe demasiado el humo y también lógicamente en otros lugares, y así yo iba atravesando oliendo un poco esos olores de chicas dormidas hasta que en cierto punto me detengo.

Digo es difícil oler realmente el olor de la piel de una chica especialmente cuando somos tantos amontonados y sin embargo yo siento allí debajo de mí una piel de muchacha seguramente blanca, un olor blanco con la fuerza especial del blanco, un olor ligeramente moteado de piel probablemente pigmentada de pecas delicadas tal vez invisibles, una piel que respira como los poros de las hojas el césped, y todo el hedor que había en torno permanece a digamos dos centímetros de distancia de esta piel o tal vez sólo milímetros, porque yo entretanto me pongo a aspirar por todas partes esa piel de ella que duerme con la cara escondida en los brazos, el pelo tal vez pelirrojo largo sobre los hombros sobre la espalda, las largas piernas estiradas frescas en la taza detrás de las rodillas, ahora sí que respiro y sólo la huelo a ella, y ella que ha de haber olido durmiendo que la estoy oliendo no se opondrá porque se alza sobre los codos siempre con la cara gacha y yo de la axila paso a oler cómo es abajo el pecho hasta en la punta, y como me he puesto lógicamente un poco a caballo me resulta oportuno empujar en la dirección en que me siento gratificado y en que siento que también ella se siente gratificada y así medio dormidos es posible encontrar el modo de ponernos para estar de acuerdo sobre cómo ponerme yo y cómo ponerse ella óptimamente ahora.

El frío que entretanto no habíamos sentido lo sentimos después y recuerdo que iba a meter los *pennies* en la estufa y me levanto me separo de la isla de su olor continuo mi travesía en medio de los cuerpos desconocidos en medio de olores incompatibles y hasta repulsivos, busco en las ropas de los otros a ver si encuentro unos *pennies*, busco la estufa siguiendo el hedor de gas y la pongo en marcha más pestilente que nunca, busco la letrina siguiendo el hedor de letrina y orino temblando en la luz gris de la mañana que se filtra por la ventanilla, vuelvo a la oscuridad al encierro a la respiración de los cuerpos, ahora tengo que atravesar de nuevo para encontrar a la chica de la que no conozco nada más que el olor, es difícil buscar en la oscuridad pero aunque la viese cómo hago para saber si es ella no conozco nada más que el olor, voy así olfateando los cuerpos tendidos en el suelo y uno me dice *fuck off* y me da un puñetazo, este lugar es extraño parecen tantas habitaciones con tantas gentes tendidas dentro, pierdo el sentido de la orientación, nunca lo tuve, estas chicas tienen otros olores, algunas podrían muy bien ser ella sólo que el olor ya no es aquél, entretanto Howard se ha despertado y ya está allí con el bajo que vuelve a empezar *Don't tell me I'm through*, a mí me parece que ya di toda la vuelta y ella dónde se ha metido, en medio de todas esas chicas que empiezan a verse en la luz que entra, pero

lo que quiero oler no lo huelo, estoy aquí dando vueltas como un idiota y no la encuentro, *Have mercy, have mercy of me*, paso entre piel y piel buscando esa piel perdida que no se parece a ninguna piel.

Para cada piel de mujer hay un perfume que exalta su perfume, la nota de la gama que es al mismo tiempo de color y sabor y olor y suavidad, y así el placer de pasar de una piel a otra puede no tener límite. Cuando las lámparas de los salones del Faubourg Saint-Honoré iluminaban mi llegada a las fiestas de gala, la nube punzante de los perfumes de los escotes bordados de perlas me arrastraba, sobre el suave fondo de rosa búlgara se alzaban punzadas de alcanfor que el ámbar hacía adherir a los vestidos de seda, y yo me inclinaba a besar la mano de la duquesa du Havre-Caumartin respirando el jazmín que flotaba sobre la piel ligeramente linfática, y tendía el brazo a la condesa de Barbès-Rochechouart que me cautivaba en el efluvio de sándalo en que estaba como envuelta su compacta carnación morena, y ayudaba a la baronesa de Mouton-Duvernet a liberar los hombros de alabastro de la capa de nutria y me asaltaba una bocanada de fucsia. Bien sabían mis papilas poner un rostro a aquellos perfumes a los que ahora Madame Odile me hacía pasar revista destapando las botellitas de color ópalo: al mismo ejercicio me había entregado ya la noche anterior en el baile de máscaras de la Orden de los Caballeros del Santo Sepulcro: no había nombre de gran dama que no adivinara debajo de la máscara bordada. Hasta que apareció ella, con un antifaz de raso, un velo sobre los hombros y el pecho, a la andaluza, y en vano me preguntaba yo quién era, en vano rozándola en el baile más de lo permitido confrontaba mi memoria y aquel perfume jamás imaginado antes, que contenía el perfume de su cuerpo como una ostra la perla. Yo no sabía nada de ella pero me parecía saberlo todo en aquel perfume, y hubiera querido un mundo sin nombres en el que aquel solo perfume bastara como nombre y como todas las palabras que podía decirme: ese perfume que sabía ahora perdido en el fluido laberinto de Madame Odile, evaporado en la memoria, tanto que no podía evocarlo ni siquiera recordándola cuando me siguió al invernadero de las hortensias. Bajo las caricias parecía dócil, por momentos, y por momentos violenta, llena de uñas. Se dejaba descubrir partes escondidas, explorar la intimidad de su perfume, con tal de que no le alzara el antifaz del rostro.

«¿Por qué tanto misterio, finalmente?», exclamé exasperado. «¡Decidme dónde y cuándo podré volver a veros, es decir: veros!».

«¡No lo hagáis, Monsieur!», me respondió. «Una amenaza pesa sobre mi vida. Callad: ¡ahí está!».

En el espejo estilo Imperio había aparecido una sombra encapuchada en un dominó violeta.

«Debo seguir a esa persona», dijo la mujer. «Olvidadme. Alguien ejerce sobre mí poderes abominables».

Y antes de que yo pudiera decirle, «¡Confiad en mi espada!», se había alejado precediendo al dominó violeta que dejaba en la multitud de las máscaras una estela de tabaco oriental. No sé por qué puerta consiguieron desvanecerse; los seguí inútilmente, e inútilmente acosé con preguntas a los conocedores del *tout-Paris*. Sé que no tendré paz mientras no encuentre la huella de aquel olor enemigo y de aquel perfume amado, mientras uno no me haya puesto sobre la huella del otro, ya que el duelo en que abatiré a mi enemigo no me dará el derecho de arrancar la máscara que me esconde ese rostro.

Hay un olor enemigo que me viene a la nariz cada vez que me parece haber encontrado el olor de la hembra que estoy buscando en la pista de la horda, un olor enemigo que se mezcla al olor de ella, y descubro los dientes incisivos caninos premolares y ya estoy lleno de rabia, recojo piedras arranco ramas nudosas, si no consigo encontrar con la nariz el olor de ella ojalá tuviera por lo menos la satisfacción de descubrir a quién pertenece ese olor enemigo que me pone rabioso. La horda tiene bruscos cambios de dirección cuando toda la corriente se te echa encima, y de golpe siento que un garrotazo en el cráneo me hace dar con las quijadas por tierra, un pie me pisotea el cuello y reconozco con la nariz al macho enemigo que ha reconocido en mi cuerpo el olor de su hembra y trata de acabar conmigo sacudiéndome contra la roca, y yo reconozco en su cuerpo el olor de ella y me lleno de furor me levanto le doy un mazazo con todas mis fuerzas hasta que siento el olor de la sangre, le salto encima con todo mi peso le machaco el cráneo con lascas de pedernal rocas vivas quijadas de alce punzones de hueso arpones de cuerno, mientras todas las hembras nos rodean en círculo y están esperando a ver quién gana. Es evidente que soy yo el que ha ganado, me levanto y avanzo balanceando los brazos en medio de las hembras pero no encuentro la que busco, cubierto de polvo y de sangre no huelo bien los olores, da lo mismo que me incorpore sobre las piernas y camine un poco con los pies.

Algunos han tomado esta costumbre de caminar sin apoyar nunca las manos en el suelo y hasta consiguen andar rápido, a mí me da vueltas la cabeza y alzo las manos para agarrarme a las ramas como cuando estaba todo el tiempo subido a los árboles, pero después me doy cuenta de que consigo mantener bien el equilibrio aun desde allá arriba, el pie se arrellana sobre el terreno y las piernas se adelantan aunque no doble las rodillas. Con la nariz suspendida aquí arriba en el aire las cosas que sin duda se pierden son muchas: datos que puedes obtener oliendo la tierra con todas las huellas de las bestias que han pasado por allí, oliendo a los otros de la horda especialmente a las hembras. Pero en cambio hay otras cosas: la nariz más seca que siente olores lejanos traídos por el viento las frutas de los árboles los huevos de pájaro en los nidos. Y los ojos ayudan a la nariz, aferran las cosas en el espacio, las hojas del sicómoro, el río, la franja azul del bosque, las nubes.

Por último salgo a respirar la mañana la calle la niebla, no se ven más que los cubos de la basura con espinazos de pescado latas medias de nailon, en la esquina está abierta la tienda de un pakistaní que vende ananás, luego a un muro de niebla es el Támesis. Desde el parapeto mirando bien se ve la sombra de los habituales remolcadores se huele el fango habitual la nafta, más allá empiezan las luces y el humo de Southward. Y yo doy cabezadas en la niebla como acompañando aquel acorde de las guitarras en *In the morning I'll be dead* que no se me va de la cabeza.

Salgo de la perfumería con un dolor de cabeza lancinante, quisiera precipitarme a la dirección de Passy que le he arrancado a Madame Odile entre muchas oscuras alusiones y conjeturas, pero grito al cochero: «¡Rápido, al Bois, Auguste, y a buen trote!». Y apenas el faetón se mueve, respiro profundamente para liberarme de todos los efluvios que se me han mezclado en el cráneo, saboreo el olor de cuero de los asientos y de los arneses, el hedor del caballo de su estiércol de su orina humeante, vuelvo a oler los mil olores solemnes o plebeyos que vuelan en el aire de París, y sólo cuando los sicómoros del Bois de Boulogne me sumergen en la linfa de su follaje y el riego de los jardineros levanta del trébol el olor de tierra, doy orden a Auguste de doblar hacia Passy.

La puerta de la mansión está semicerrada. Hay gente que entra, hombres con sombrero de copa, mujeres veladas. Ya en el vestíbulo me llega un pesado olor de flores, como de vegetación corrompida; penetro entre las velas de cera que arden las cestas de crisantemos los cojines de violetas las coronas de asfódelos, en el ataúd abierto, tapizado de raso, no puedo reconocer el rostro cubierto de un velo y envuelto en vendas como si en la descomposición de las facciones su belleza siguiera rechazando la muerte, pero reconozco el fondo, el eco del perfume que no se parece a ningún otro, fundido ahora con el olor de muerte como si hubieran sido desde siempre inseparables.

Quisiera interrogar a alguien pero son todas personas desconocidas, tal vez extranjeros; me detengo junto a un hombre viejo cuyo aire es el más extranjero de todos, un señor de cara olivácea, con un fez rojo y frac negro, recogido al lado del ataúd; digo en voz baja pero claramente, sin dirigirme a nadie: «Y decir que a medianoche bailaba y era la más hermosa de la fiesta...».

El hombre del fez no se vuelve y dice en voz baja: «¿Pero qué estáis diciendo, señor? A medianoche estaba muerta».

Así de pie con la nariz al viento llegan signos menos precisos pero más cargados de sentidos y sospechas, signos que quizá cuando tienes la nariz pegada al suelo te niegas a recoger, te vuelves hacia otro lado, como ese olor que viene de las rocas del

barranco donde los de nuestra horda arrojamos las bestias despedazadas, las tripas podridas, los huesos y donde los buitres planean en círculo. Y el olor que seguía se ha perdido allá abajo, y de allá según sopla el viento sube junto con el hedor de los cadáveres destrozados el aliento de los chacales que los despedazan todavía calientes la sangre que se seca al sol sobre las rocas.

Y cuando vuelvo arriba a buscar a los demás porque me parecía que se me había despejado un poco la cabeza en la niebla, y que tal vez ahora sería capaz de encontrarla de entender quién era, y en cambio allá arriba mira ya no queda nadie, quién sabe cuándo se fueron mientras yo había bajado al Embankment, todas las habitaciones están vacías con las latas de cerveza y mis tambores, y la pestilencia de la estufa se ha vuelto insoportable, y doy la vuelta por todas las habitaciones y hay una que está cerrada, precisamente la de la estufa que pierde y se huele tan fuerte por las claraboyas de la puerta que da náuseas, y empiezo a darle empujones con el hombro hasta que la puerta cede, y dentro todo está lleno de gas negro espeso asqueroso desde el pavimento hasta el cielo raso, y en el pavimento lo que veo antes de retorcerme en una crisis de vómito es la forma blanca larga tendida con la cara escondida en el pelo, y al sacarla tirando de las piernas rígidas siento su olor dentro de aquel olor asfixiante, su olor que trato de seguir y distinguir en la ambulancia en el servicio de urgencia en los olores de desinfectantes y de eso que escurre de las mesas de mármol de la morgue e impregna el aire especialmente cuando afuera el tiempo es húmedo.

Bajo el sol jaguar

Gustar, en general, ejercitar el sentido del gusto, recibir la impresión, aun sin voluntad deliberada, o sin reflexión posterior. El catar es determinante para gustar y saber lo que se gusta; o por lo menos denota que de la impresión experimentada tenemos un sentimiento reflejo, una idea, un principio de experiencia. De aquí que sapio, para los latinos, equivaliera traslaticivamente a sentir rectamente y por ende el sentido del sapere (saber) italiano, que equivale a doctrina recta, y el prevalecer de la sapiencia sobre la ciencia.

NICCOLÒ TOMMASEO
Dizionario dei sinonimi

Oaxaca se pronuncia Uajaca. El hotel al que llegamos había sido, originalmente, el convento de Santa Catalina. Lo primero que notamos fue un cuadro, en una salita que llevaba al bar. El bar se llamaba «Las Novicias». El cuadro era una gran tela oscura que representaba a una monja joven y un viejo sacerdote, de pie, uno junto al otro, las manos ligeramente separadas del cuerpo, casi rozándose. Figuras más bien rígidas para ser un cuadro del siglo dieciocho, una pintura con la gracia un poco torpe propia del arte colonial, pero que transmitía una sensación perturbadora, como un espasmo de sufrimiento contenido.

Había en la parte inferior del cuadro una larga leyenda, en líneas apretadas de una angulosa escritura cursiva, blanco sobre negro. En ella se celebraban devotamente vida y muerte de los dos personajes que habían sido, él el capellán y ella la abadesa del convento (ella, de familia noble, habrá entrado como novicia a los dieciocho años). La razón por la cual habían sido retratados juntos era el amor extraordinario (en la piadosa prosa española la palabra estaba cargada de su aspiración ultraterrena) que uniera durante treinta años a la abadesa y a su confesor, un amor tan grande (en su acepción espiritual la palabra sublimaba la emoción corporal sin borrarla) que cuando el sacerdote murió, la abadesa, veinte años más joven, en el espacio de un día se enfermó y expiró literalmente de amor (en la palabra ardía una verdad en la que todos los significados convergen) para unirse con él en el cielo.

Olivia, que sabía el español mejor que yo, me ayudó a descifrar la historia sugiriéndome la traducción de alguna expresión oscura; y éstas fueron las únicas palabras que cambiamos durante la lectura y después, como si nos encontráramos en

presencia de un drama, o de una felicidad, para el que cualquier comentario resultaba fuera de lugar, algo que nos intimidaba, más aún, que nos atemorizaba o, mejor, nos comunicaba una especie de malestar. Trato así de describir lo que yo sentía: la sensación de una carencia, de un vacío devorador; lo que Olivia pensara, como callaba, no puedo adivinarlo.

Después Olivia habló. Dijo: «Quisiera comer chiles en nogada». Y con pasos de sonámbulo, como si no estuviéramos muy seguros de tocar tierra, nos dirigimos al restaurante.

Como sucede en los momentos mejores de la vida de una pareja, yo había reconstruido instantáneamente el curso de los pensamientos de Olivia sin que fuera necesario decir nada más, y esto porque en mi mente se habían encadenado las mismas asociaciones, aunque de una manera más lenta y brumosa, tanto que sin Olivia no lo hubiera notado.

Nuestro viaje por México había empezado hacía ya más de una semana. Pocos días antes, en Tepotzotlán, en un restaurante que alineaba sus mesas entre los naranjos de otro claustro conventual, habíamos probado platos preparados (por lo menos así nos habían dicho) siguiendo las antiguas recetas de las monjas.

Comimos un tamal de elote, es decir, una fina sémola de maíz dulce con carne de cerdo molida y pimiento picantísimo, todo cocido al vapor en una hoja de maíz; después chiles en nogada, que eran pimientos marrón rojizo, un poco rugosos, flotando en una salsa de nueces cuya aspereza punzante y fondo amargo se perdían en una entrega cremosa y dulzona.

Desde ese momento la idea de las monjas evocó en nosotros los sabores de una cocina elaborada y audaz, como si apuntara a hacer vibrar las notas extremas de los sabores y a acercarlos en modulaciones, acordes y sobre todo disonancias que se impusieran como una experiencia incomparable, un punto del que no había regreso posible, una posesión absoluta ejercida sobre la receptividad de todos los sentidos.

El amigo mexicano que nos había acompañado en aquella excursión, que se llamaba Salustiano Velazco, al responder a Olivia que se informaba sobre esas recetas de la gastronomía monjil, bajaba la voz como si nos confiara secretos indelicados. Éste era su modo de hablar; mejor dicho, uno de sus modos: las informaciones en que Salustiano era pródigo (sobre la historia y las costumbres y la naturaleza de su país era de una erudición inagotable) o bien las enunciaba con énfasis como proclamas de guerra o bien las insinuaba con malicia como si estuviesen cargadas de quién sabe qué sobreentendidos.

Olivia había observado que platos como éstos presuponían horas y horas de trabajo, y antes una larga serie de experimentos y perfeccionamientos. «¿Pero esas monjas se pasaban los días en la cocina?», había preguntado, imaginándose vidas enteras dedicadas a la búsqueda de nuevas mescolanzas de ingredientes y variaciones de dosajes, a la atenta paciencia combinatoria, a la transmisión de un saber minucioso y puntual.

«Tenían sus criadas», había contestado Salustiano y nos explicó cómo las hijas de familias nobles entraban en el convento con sus propias criadas, de modo que, para satisfacer los veniales caprichos del paladar, los únicos que les estaban permitidos, las monjas podían contar con una multitud diligente e infatigable de ejecutoras. Y en cuanto a ellas, no tenían más que idear y preparar y comparar y corregir recetas que expresaran sus fantasías encerradas entre aquellos muros, fantasías, además, de mujeres refinadas, y ardientes, e introvertidas y complicadas, mujeres con necesidades de absoluto, con lecturas que hablaban de éxtasis y transfiguraciones y martirios y suplicios, mujeres con exigencias contradictorias en la sangre, genealogías en las que la descendencia de los Conquistadores se mezclaba con las de las princesas indias, o de las esclavas, mujeres con recuerdos infantiles de frutas y aromas de una vegetación suculenta y densa de fermentos, aunque crecida en aquellos soleados altiplanos.

Tampoco se podía olvidar la arquitectura sagrada que servía de fondo a las vidas de aquellas religiosas, inspirada por el mismo impulso hacia lo extremo que llevaba a la exasperación de los sabores ampliada por la llamarada de los chiles más picantes. Así como el barroco colonial no ponía límites a la profusión de los ornamentos y al lujo, por lo cual la presencia de Dios era identificada en un delirio minuciosamente calculado de sensaciones excesivas y desbordantes, así la quemadura de las más de cien variedades indígenas de pimientos, sabiamente escogidos para cada plato, abría las perspectivas de un éxtasis flamígero.

En Tepotzotlán visitamos la iglesia que los jesuitas habían construido en el siglo dieciocho para su seminario (y apenas inaugurada debieron abandonarla, expulsados para siempre de México): una iglesia-teatro toda de oro y colores vivos, de un barroco danzante y acrobático, atestada de ángeles revoloteantes, guirnaldas, trofeos de flores, conchas. Desde luego los jesuitas se habían propuesto competir con el esplendor de los aztecas, las ruinas de cuyos templos y palacios —¡el palacio de Quetzalcóatl!— estaban siempre presentes para recordar un dominio ejercido con los efectos sugestivos de un arte transfigurador y grandioso. Había un desafío en el aire, en ese aire seco y fino de los dos mil metros: el antiguo desafío entre la civilización de América y la de España en el arte de encantar los sentidos con seducciones alucinantes, y de la arquitectura se extendía este desafío a la cocina, donde se habían fundido las dos culturas, o quizá donde la de los vencidos había triunfado, con ayuda de los condimentos nacidos de su suelo. A través de blancas manos de novicias y de manos morenas de conversas, la cocina de la nueva civilización hispano-india se había convertido ella también en campo de batalla entre la ferocidad agresiva de los antiguos dioses del altiplano y la sobreabundancia sinuosa de la religión barroca...

En el menú de la cena no encontramos chiles en nogada (de una localidad a otra el léxico variaba y proponía nuevos términos que registrar y nuevas sensaciones que distinguir), sino guacamole (es decir, un puré de aguacate y cebolla para tomar con las tortillas crocantes que se desmenuzan en numerosas lascas y se hunden como

cucharas en la crema densa: la pingüe suavidad del aguacate —el fruto nacional de México difundido en todo el mundo con el nombre deformado de *avocado*— acompañada y subrayada por la sequedad angulosa de la tortilla que a su vez puede tener tantos sabores fingiendo no tener ninguno), después guajolote con mole poblano (es decir, pavo con salsa de Puebla, entre tantos moles uno de los más nobles —se servía en la mesa de Moctezuma—, más laboriosos —para prepararlo se necesitan no menos de tres días— y más complicados —porque requiere cuatro variedades diferentes de chiles, ajo, cebolla, canela, clavos de olor, pimienta, semillas de comino, de coriandro y de sésamo, almendras, pasas de uva, cacahuets y un poco de chocolate) y por último quesadillas (que es otro tipo de tortilla en la que el queso va incorporado a la masa y acompañado de carne picada y de frijoles fritos).

En la mitad de la masticación los labios de Olivia se demoraban hasta detenerse casi, pero sin interrumpir del todo la continuidad del movimiento que aminoraba como si no quisiera que se alejase un eco interior, mientras su mirada se fijaba con una atención sin objeto aparente, casi alarmada. Era una concentración especial del rostro que observaba en ella durante las comidas, desde que habíamos empezado nuestro viaje por México: una tensión que yo veía propagarse de los labios a las aletas de la nariz, ya dilatadas ya contraídas. (La nariz tiene una plasticidad muy reducida —sobre todo una nariz armoniosa y gentil como la de Olivia— y cada movimiento imperceptible tendiente a aumentar la capacidad de las aletas en sentido longitudinal las hace en efecto más finas, mientras el correlativo movimiento reflejo que acentúa su ancho da por resultado en cambio una especie de retracción de toda la nariz hacia la superficie del rostro). Por todo lo dicho podría creerse que al comer Olivia se encerraba en sí misma, absorta en el recorrido interior de sus sensaciones; en cambio el deseo que toda su persona expresaba era en realidad el de comunicarme lo que sentía: de comunicarse conmigo a través de los sabores o de comunicarse con los sabores a través de un doble juego de papilas, el suyo y el mío.

«¿Sientes?», me decía con una especie de ansiedad, como si en aquel preciso momento nuestros incisivos hubiesen triturado un bocado de composición idéntica y la misma brizna de aroma hubiera sido captada por los receptores de mi lengua y de la suya. «¿Es el xilantró? ¿No sientes el xilantró?», añadía, mencionando una hierba que por el nombre local todavía no habíamos logrado identificar con seguridad (¿tal vez el eneldo?) y de la que bastaba un delgado hilo en el bocado que estábamos masticando para transmitir a la nariz una conmoción dulcemente punzante, como una impalpable ebriedad. Esta necesidad que Olivia tenía de envolverme en sus emociones me era muy grata, porque me demostraba cuán indispensable le era yo y cómo para ella los placeres de la existencia eran apreciables únicamente si los compartía conmigo. Sólo en la unidad de la pareja —pensaba— nuestras subjetividades individuales se amplían y completan. Mi necesidad de confirmar esta convicción era tanto más grande cuanto que desde el comienzo de nuestro viaje mexicano el entendimiento físico entre Olivia y yo atravesaba por una fase de

rarefacción, si no de eclipse; fenómeno seguramente momentáneo que en sí no era inquietante, e incluso entraba en los altibajos normales a que está sometida, a lo largo del tiempo, la vida de toda pareja. Y no podía sino observar que ciertas manifestaciones de la carga vital de Olivia, ciertos arrebatos o indolencias o estremecimientos o agitaciones, seguían desplegándose ante mis ojos sin haber perdido nada de su intensidad, con una sola variante de importancia: que tenían por escenario no ya el lecho de nuestros abrazos sino una mesa tendida.

Los primeros días esperé que el ardor creciente del paladar no tardaría en transmitirse a todos nuestros sentidos. Me equivocaba: esta cocina era sin duda afrodisíaca, pero en sí y por sí (es lo que creí entender y lo que digo era válido para nosotros en aquel momento, no sé si para otros o para nosotros mismos en un estado de ánimo diferente), o sea estimulaba deseos que buscaban satisfacción sólo en la misma esfera de sensaciones que los había engendrado, por lo tanto comiendo platos nuevos que reanimaran y ampliaran esos mismos deseos.

Estábamos pues en la mejor de las situaciones para imaginar cómo se habría desenvuelto el amor entre la abadesa y el capellán, un amor que podía haber sido, a los ojos del mundo y de ellos mismos, perfectamente casto y al mismo tiempo de una carnalidad sin límites en esa experiencia de los sabores que alcanzaban mediante una complicidad secreta y sutil.

Complicidad: la palabra, apenas la pensé, refiriéndola no sólo a la monja y al sacerdote sino a Olivia y a mí, me reanimó. Porque si era complicidad lo que Olivia buscaba con la pasión casi obsesiva por la comida que la había asaltado, pues bien, entonces esa complicidad implicaba que no se perdía, como temía yo cada vez más, una paridad entre nosotros. En realidad me parecía que en los últimos días Olivia, en su exploración gustativa, quería mantenerme en una posición subalterna, como de una presencia necesaria, sí, pero sumisa, obligándome a ser testigo de su relación con la comida, o de confidente, o de alcahuete complaciente. Rechacé este pensamiento inoportuno, que quién sabe cómo se había asomado a mi mente: en realidad nuestra complicidad no podía ser más plena, precisamente porque nuestro modo de vivir la misma pasión, en armonía con nuestros respectivos temperamentos, era diferente: Olivia, más sensible a los matices de la percepción y dotada de una memoria más analítica donde cada recuerdo permanecía distinto e inconfundible; yo, más inclinado a definir verbalmente y conceptualmente las experiencias, a trazar la línea ideal del viaje que realizábamos dentro de nosotros al mismo tiempo que el viaje geográfico.

Ésta era justamente una conclusión a la que yo había llegado y de la que Olivia se había apropiado enseguida (o tal vez la idea me la había sugerido Olivia y yo no había hecho sino volver a proponérsela con mis palabras): el verdadero viaje, en cuanto introyección de un «fuera» diferente del nuestro habitual, implica un cambio total de la alimentación, una deglución del país visitado en su fauna y flora y en su cultura (no sólo las diversas prácticas de la cocina y del condimento sino del uso de los diversos instrumentos con que se aplasta la masa o se revuelve el caldero),

haciéndolo pasar por los labios y el esófago. Éste es el único modo de viajar que hoy tiene sentido, cuando todo lo que es visible también puedes verlo en la televisión sin moverte de tu sillón. (Y no se objete que el mismo resultado se obtiene frecuentando los restaurantes exóticos de nuestras metrópolis: éstos falsean tanto la realidad de la cocina que pretenden evocar que, desde el punto de vista de la experiencia cognoscitiva que de ellos se puede extraer, equivalen no a un documental sino a una reconstrucción de ambiente filmada en un estudio cinematográfico).

Eso no quita que en nuestro viaje Olivia y yo viéramos todo lo que debe verse (no poco, desde luego, como cantidad y calidad). Para el día siguiente se había decidido la visita de las excavaciones de Monte Albán; el guía vino puntualmente al hotel a buscarnos con el coche. En el campo árido, soleado, crecen los agaves para el mezcal y el tequila, los nopales (llamados entre nosotros, los italianos, higos de indias), los *cereus* pura espina, los jacarandás de flores azules. La calle sube entre las montañas. Monte Albán, entre las alturas que rodean un valle, es un conjunto de ruinas de templos, bajorrelieves, grandiosas escalinatas, plataformas para los sacrificios humanos. El horror, lo sagrado y el misterio son englobados por el turismo que nos dicta comportamientos preestablecidos, modestos sucedáneos de aquellos ritos. Al contemplar esos peldaños tratamos de imaginarnos la sangre caliente que brotaba de los pechos lacerados por los cuchillos de piedra de los sacerdotes...

Tres civilizaciones se sucedieron en Monte Albán desplazando siempre las mismas piedras: los zapotecas que destruyeron y rehicieron las obras olmecas, y los mixtecas los zapotecas. Los calendarios de las antiguas civilizaciones mexicanas, esculpidos en los bajorrelieves, responden a una concepción cíclica y trágica del tiempo: cada cincuenta y dos años el universo terminaba, morían los dioses, los templos eran destruidos, todas las cosas celestes o terrenas cambiaban de nombre. Tal vez los pueblos que la historia distingue como ocupantes sucesivos de esos territorios no eran sino un pueblo único, cuya continuidad nunca se interrumpió, ni siquiera a través de una historia de masacres como las que representan los bajorrelieves. Ahí están las aldeas conquistadas, con el nombre escrito en jeroglíficos, y el dios de la aldea cabeza abajo; ahí están los prisioneros de guerra encadenados, las cabezas cortadas de las víctimas...

El guía a quien nos ha confiado la agencia turística, un hombrón llamado Alonso, de facciones achatadas como las figuras olmecas (¿o mixtecas? ¿o zapotecas?) nos ilustra, con gran exuberancia mímica, los famosos relieves llamados «Los danzantes». De las figuras esculpidas sólo algunas representarían efectivamente bailarines con las piernas en movimiento (Alonso ejecuta algunos pasos de danza); otros podrían ser astrónomos que con la mano a modo de visera escrutan las estrellas (Alonso adopta una actitud de astrónomo); pero la mayoría representan a mujeres en el acto de dar a luz (Alonso lo dramatiza). Comprendemos que este templo estaba destinado a conjurar los partos difíciles, los bajorrelieves eran quizás imágenes votivas. Por lo demás, también la danza servía para facilitar por mimesis mágica los

partos, especialmente cuando el niño se presentaba de pie (Alonso mima la mimesis mágica). Un bajorrelieve representa una cesárea con abundancia de útero y trompas de Falopio (Alonso, más brutal que nunca, mima toda la anatomía femenina, para probar que el mismo suplicio quirúrgico igualaba los nacimientos y las muertes).

En la gesticulación de nuestro guía todo cobraba un sentido truculento, como si los templos de los sacrificios proyectasen su sombra sobre cada acto y cada pensamiento. Cada figura de los bajorrelieves aparecía vinculada a aquellos ritos sangrientos: fijada la fecha más propicia mediante la contemplación de las estrellas, el sacrificio iba acompañado de la exaltación de las danzas; e incluso los nacimientos no parecían tener otro fin que el de reabastecer de nuevos soldados las guerras destinadas a capturar las víctimas. Aun donde aparecen representadas figuras que corren o luchan o juegan a la pelota, no se trata de pacíficas justas de atletas sino de prisioneros de guerra obligados a competir para decidir a quién de ellos le tocaba subir primero al altar.

«¿El que perdía en la justa era destinado al sacrificio?», pregunto.

«¡No, el que vencía!» y el rostro de Alonso se ilumina. «¡Tener el pecho desgarrado por el cuchillo de obsidiana era un honor!», y en un *crescendo* de patriotismo ancestral, así como había alabado la excelencia del saber científico de los antiguos pueblos, así el buen descendiente de los olmecas se sentía ahora obligado a exaltar la ofrenda al sol de un corazón humano palpitante, para que la aurora volviera a iluminar el mundo cada mañana.

Entonces fue cuando Olivia preguntó: «Pero del cuerpo de las víctimas, después, ¿qué hacían?».

Alonso se detuvo.

«Sí, esos miembros, esas vísceras», insistió Olivia, «ofrecidos a los dioses, está bien, pero en la práctica, ¿a dónde iban a parar? ¿Los quemaban?».

«No, no los quemaban».

«¿Y entonces? Una ofrenda a los dioses no se podía enterrar, no se podía dejar que se pudriera...».

«Los zopilotes» dijo Alonso, «los buitres». Ellos eran los que limpiaban los altares y llevaban al cielo las ofrendas.

Los buitres... «¿Siempre?», vuelve a preguntar Olivia, con una insistencia que no consigo explicarme.

Alonso se desvía, trata de cambiar de tema, tiene prisa por mostrarnos los pasajes que unían las casas de los sacerdotes con los templos, donde aparecían con el rostro cubierto de máscaras aterradoras. El fervor pedagógico del cicerone tenía algo de irritante porque daba la impresión de que estuviera dándonos una lección simplificada para hacerla entrar en nuestras pobres cabezas de profanos, mientras que él sabía muchas cosas más, cosas que se reservaba para sí y que se guardaba bien de decirnos. Tal vez era esto lo que Olivia había advertido y lo que desde hacía un momento la llevaba a encerrarse en un silencio contrariado que duró todo el resto de la visita a las

excavaciones y más tarde en el *jeep* que a tumbos nos llevó de vuelta a Oaxaca.

Durante el trayecto, todo curvas, traté de interceptar la mirada de Olivia que estaba sentada frente a mí; pero ya fuera por los saltos del *jeep* o por el desnivel de nuestros asientos, me di cuenta de que mi mirada no se detenía en sus ojos sino en sus dientes (tenía los labios entreabiertos en una expresión absorta), dientes que por primera vez veía no como el relámpago luminoso de la sonrisa sino como los instrumentos más adaptados para su función propia: la de hundirse en la carne, desgarrar, cortar. Y así como uno trata de leer el pensamiento de alguien en la expresión de los ojos, así miraba yo ahora esos dientes afilados y fuertes y sentía en ellos un deseo contenido, una espera.

Al volver al hotel y dirigirnos a la gran sala (la ex capilla del convento) que debíamos atravesar para llegar al ala donde estaba nuestra habitación, nos sorprendió un ruido como de una cascada que atruena y rebota y borbotea a través de mil regueros remolinos surtidores. Cuanto más nos acercábamos más iba desmenuzándose aquel fragor homogéneo en un conjunto de trinos, gorjeos, pipíos, silbidos como de una bandada de pájaros que batiera las alas en una pajarera. Desde el umbral (la sala estaba unos escalones más abajo que el corredor) se nos apareció una extensión de sombreritos primaverales posados en las cabezas de señoras sentadas en torno a mesas tendidas.

Se estaba desarrollando en todo el país la campaña para la elección del nuevo presidente de la república, la mujer del candidato oficial ofrecía un té de imponentes proporciones a las esposas de los notables de Oaxaca. Bajo la amplia bóveda vacía trescientas señoras mexicanas conversaban todas al mismo tiempo: el grandioso acontecimiento acústico que nos había subyugado era producto de sus voces mezcladas con el tintineo de tazas y cucharillas y cuchillos que cortaban rebanadas de pastel. Un gigantesco retrato en colores de una señora de rostro redondo, tirante pelo negro y lacio, vestido azul del que sólo se veía el cuellito abotonado, no muy diferente en buenas cuentas de la efigie oficial del Presidente Mao Tse-Tung, dominaba la reunión.

Para llegar al patio y de allí a nuestra escalera teníamos que abrirnos paso entre las mesitas de la recepción; ya estábamos cerca de la salida cuando de una de las mesas en el fondo de la sala una de las pocas figuras masculinas presentes se levantó y vino a nuestro encuentro con los brazos en alto. Era nuestro amigo Salustiano Velazco, personalidad representativa del nuevo *staff* presidencial y en calidad de tal participante en las fases más delicadas de la campaña electoral. No lo veíamos desde que habíamos abandonado la capital y para manifestarnos con toda su exuberancia la alegría de habernos encontrado e informarse de las últimas etapas de nuestro viaje (y tal vez también para sustraerse a esa atmósfera en que el predominio triunfal de las mujeres ponía en crisis su caballerisca convicción de la supremacía masculina) dejó su puesto de honor en el banquete para acompañarnos al patio.

Empezó, más que a informarse de lo que habíamos visto, a señalarnos lo que

seguramente habíamos dejado de ver en los lugares donde habíamos estado, y que sólo habríamos visto si hubiéramos estado con él, esquema de conversación que los conocedores apasionados de un país se sienten obligados a aplicar con los amigos de visita, siempre con las mejores intenciones, pero que consigue echar a perder el placer del que regresa de un viaje muy orgulloso de sus pequeñas o grandes experiencias. El estruendo convivial del prestigioso gineceo nos llegaba hasta al patio y cubría por lo menos la mitad de nuestras palabras y de las de él, de modo que yo no tenía nunca la seguridad de que no nos reprochara no haber visto cosas que acabábamos de decirle que habíamos visto.

«Y hoy fuimos a Monte Albán...», me apresuré a comunicarle alzando la voz, «... las escalinatas, los bajorrelieves, los altares de los sacrificios...».

Salustiano se llevó una mano a la boca para dejarla después suspendida en el aire, gesto que en él testimoniaba una emoción demasiado grande para expresarla con palabras. Empezó a darnos detalles arqueológicos y etnográficos que me hubiera gustado mucho poder seguir frase por frase, pero que se perdían en el retumbo del ágape. Por los gestos y las palabras sueltas que conseguía atrapar, «sangre... obsidiana... divinidad solar...» comprendí que hablaba de los sacrificios humanos y lo hacía con una mezcla de participación admirada y de sagrado horror, actitud que se diferenciaba de la del rústico cicerone de nuestra excursión por una mayor conciencia de las implicaciones culturales.

Entonces fue cuando Olivia que, más rápida que yo, conseguía seguir la elocución de Salustiano, intervino preguntándole algo; comprendí que le repetía la misma pregunta que había hecho aquella tarde a Alonso, «... lo que los buitres no se llevaban, ¿a dónde iba a parar?».

Los ojos de Salustiano lanzaron hacia Olivia centelleos de entendimiento y también yo comprendí entonces la intención que había detrás de su pregunta, tanto más cuanto que Salustiano adoptó su tono confidencial, cómplice, pero parecía que, precisamente porque sus palabras eran dichas en voz más baja, superaban más fácilmente el muro de ruido que nos separaba.

«Quién sabe... Los sacerdotes... Eso también formaba parte del rito... A decir verdad poco se sabe... Eran ceremonias secretas... Sí, la comida ritual... El sacerdote asumía las funciones del dios... por lo tanto la víctima, alimento divino...».

¿Entonces era eso lo que quería hacerle admitir Olivia? Seguía preguntando: «¿Pero cómo era la comida...?».

«Repito, son sólo suposiciones... Parece que también participaban los príncipes, los guerreros... La víctima era ya parte del dios, transmitía la fuerza divina...». Al llegar a ese punto Salustiano cambió de tono, se volvía arrogante, dramático, se exaltaba: «Sólo el guerrero que había capturado al prisionero sacrificado no podía tocar su carne... Estaba aparte, llorando...».

Olivia no parecía satisfecha aún: «Pero esa carne, para comerla, la cocina, la cocina sagrada, el modo de prepararla, los sabores, ¿se sabe algo de eso?». Salustiano

estaba pensativo. Las comensales habían redoblado los clamores y Salustiano parecía ahora hipersensible al ruido: se llevaba el dedo a las orejas, hacía gestos de que con ese estruendo no podía seguir. «Sí, tenía que haber ciertas reglas... Era, claro está, una comida que no se podía ingerir sin un ceremonial especial... los honores que merece... por respeto a los sacrificados que eran jóvenes valientes... por respeto a los dioses... carne que no se puede comer por comer, como otro alimento cualquiera... Y el sabor...».

«Dicen que no es buena para comer...».

«Un sabor extraño, dicen...».

«Se habrá necesitado condimentos... cosas fuertes...».

«Tal vez había que esconder ese sabor... Había que convocar todos los sabores para cubrir ese sabor...».

Y Olivia: «Pero los sacerdotes... sobre la cocina... ¿no han dejado escrito... no han transmitido nada...?».

Salustiano meneaba la cabeza: «Misterio... la vida de los sacerdotes estaba rodeada de misterio...».

Y Olivia, Olivia parecía ahora sugerirle: «Tal vez aquel sabor asomaba de todos modos... aun en medio de otros sabores...».

Salustiano hablaba con los dedos apoyados en los labios como filtrando lo que decía: «Era una cocina sagrada... debía celebrar la armonía de los elementos alcanzada a través del sacrificio, una armonía terrible, flameante, incandescente...». Enmudeció bruscamente, casi como sintiendo que había ido demasiado lejos y, como si la idea del banquete le hubiese recordado su deber, se apresuró a excusarse de no poder seguir con nosotros porque tenía que volver a su lugar en la mesa.

A la espera de que cayese la noche nos sentamos en uno de los cafés bajo los soportales del zócalo, la plazoleta cuadrada que es el corazón de todas las viejas ciudades de la colonia, verde por los árboles bajos, bien podados, llamados almendros pero que no se parecen nada a los nuestros. Los banderines de papel y las banderolas que saludaban al candidato oficial hacían todo cuanto podían por comunicar al zócalo un aire de fiesta. Las buenas familias de Oaxaca paseaban bajo los soportales. Los *hippies* norteamericanos esperaban a la vieja que les vendía el mezcal. Andrajosos vendedores ambulantes despleaban en el suelo telas de colores. De una plaza vecina llegaba el eco de los megáfonos de una reunión ya concluida de la oposición. Acurrucadas en el suelo, unas mujeres gordas freían tortillas y hierbas.

En el quiosco del centro de la plaza tocaba una orquesta trayéndome recuerdos tranquilizadores de una Europa provinciana y familiar que yo había llegado a tiempo para vivir y para olvidar. Pero el recuerdo era como un *trompe-l'oeil* y por poco que observara mejor me daba una sensación de distancia multiplicada, en el espacio y en el tiempo. Los músicos de la orquesta, vestidos de negro y con corbata, con las oscuras caras indias impasibles, tocaban para los turistas multicolores y desaliñados como habitantes de un perpetuo verano, grupos de viejos y viejas falsamente jóvenes

en todo el esplendor de sus dentaduras postizas, para bandas de jóvenes encorvados y meditabundos, como esperando que las canas vinieran a blanquear sus barbas rubias y sus cabellos flotantes, empaquetados en ásperos trapos, cargados con mochilas como las figuras alegóricas del invierno en los antiguos calendarios.

«Tal vez hemos llegado al fin de los tiempos, el sol se ha cansado de salir, Cronos, sin víctimas para devorar, se muere de extenuación, las épocas y las estaciones se han trastornado».

«Tal vez la muerte del tiempo sólo nos concierne a nosotros», contestó Olivia, «a nosotros que nos desgarramos fingiendo que no lo sabemos, fingiendo que ya no sentimos los sabores...».

«Quieres decir que los sabores... que aquí necesitan sabores más fuertes porque saben... porque aquí comían...».

«Igual que nosotros ahora... Sólo que nosotros hemos dejado de saberlo, no nos atrevemos a mirar como ellos... para ellos no había mistificaciones, el horror estaba allí delante de sus propios ojos, comían hasta que no quedaba un hueso con carne, y por eso los sabores...».

«¿Para esconder *aquel* sabor?», dije retomando la cadena de hipótesis de Salustiano.

«Tal vez no se podía, no se *debía* esconderlo... Si no era como no comer lo que se comía... Tal vez los otros sabores tenían la función de exaltar aquel sabor, de darle un fondo digno, de honrarlo...».

Al oír esas palabras sentí de nuevo la necesidad de mirarle los dientes, como ya me había ocurrido durante el trayecto en *jeep*. Pero en aquel momento se asomó a sus labios la lengua húmeda de saliva, y enseguida se retrajo, como si estuviera saboreando algo mentalmente. Comprendí que Olivia ya estaba imaginando el menú de la cena.

Ese menú —como nos lo ofrecieron en un restaurante que encontramos entre unas casas bajas de verjas sinuosas— empezó con una bebida roja en un vaso de vidrio soplado a mano: sopa de camarones, extremadamente picante debido a un tipo de chiles que hasta entonces no habíamos probado, tal vez los famosos chiles jalapeños. Después cabrito asado, sorprendente en cada bocado porque los dientes encontraban unas veces un fragmento crujiente otras algo que se deshacía en la boca.

«¿No comes?», me preguntó Olivia que parecía concentrada en gustar su plato y en cambio estaba como de costumbre atentísima, mientras que yo me había quedado absorto mirándola.

Lo que estaba imaginando era la sensación de sus dientes en mi carne, y sentía que su lengua me levantaba contra la bóveda del paladar, me envolvía en saliva para empujarme después bajo la punta de los caninos. Estaba sentado allí delante de ella pero al mismo tiempo me parecía que una parte de mí, o yo entero, estaba contenido en su boca, era triturado, desgarrado fibra por fibra. Situación que no era completamente pasiva por cuanto mientras Olivia me masticaba yo sentía que actuaba

en ella, le transmitía sensaciones que se propagaban desde las papilas de la boca por todo su cuerpo, que era yo quien provocaba cada una de sus vibraciones: una relación recíproca y completa que nos implicaba y arrastraba.

Me compuse; nos compusimos. Saboreamos con atención la ensalada de hojas tiernas de higuera de Indias hervidas (ensalada de nopalitos) condimentada con ajo, coriandro, ají, aceite y vinagre; después el rosado y cremoso dulce de maguey (variedad de agave), todo acompañado de una jarra de tequila con sangrita y seguido de café con canela.

Pero esta relación entre nosotros establecida exclusivamente a través de la comida, tanto que no se identificaba con otra imagen que no fuera la de una comida, esa relación que en mis fantasías pensaba que correspondía a los deseos más profundos de Olivia, en realidad no le gustaba nada, y su desagrado encontraría desahogo durante esa misma cena.

«Qué aburrido eres, qué monótono», empezó a decir, reanudando su polémica contra mi temperamento poco comunicativo y mi costumbre de confiarle enteramente la tarea de mantener viva la conversación, polémica que se reavivaba cuando nos encontrábamos frente a frente en una mesa de restaurante, con recriminaciones articuladas en cargos cuyos fundamentos de verdad yo no podía dejar de reconocer pero en los cuales identificaba las razones fundamentales de nuestra cohesión de pareja: es decir, que Olivia veía y sabía captar y aislar y definir rápidamente muchas más cosas que yo y por eso mi relación con el mundo pasaba esencialmente a través de ella. «Estás siempre hundido en ti mismo, incapaz de participar en lo que te rodea, de prodigarte al prójimo, sin un movimiento de entusiasmo que nazca jamás de ti y dispuesto siempre a enfriar el de los demás, desalentador, indiferente», y en el inventario de mis defectos añadió esta vez un adjetivo nuevo, o que se cargaba a mis oídos de un significado nuevo: «¡insípido!».

Eso es, yo era insípido, pensé, y la cocina mexicana con toda su audacia y fantasía era necesaria para que Olivia pudiera alimentarse de mí con satisfacción; los sabores más encendidos eran el complemento, más aún, el medio de comunicación indispensable como un altavoz que amplía los sonidos para que Olivia pudiera nutrirse de mi sustancia.

«Puede ser que yo te parezca insípido», protesté, «¡pero hay gamas de sabores más discretas y contenidas que la de los pimientos, hay aromas sutiles que hay que saber captar!».

«La cocina es el arte de dar relieve a los sabores con otros sabores», replicó Olivia, «¡pero si la materia prima es insulsa, no hay ningún condimento capaz de realzar un sabor que no existe!».

Al día siguiente Salustiano Velazco quiso acompañarnos personalmente a visitar unas excavaciones recientes todavía no frecuentadas por los turistas.

Una estatua de piedra sobresalía apenas del nivel del suelo, con la forma característica que habíamos aprendido a reconocer desde los primeros días de

nuestras peregrinaciones arqueológicas mexicanas: el chac-mool, figura humana semitendida, en posición casi etrusca, que sostiene una bandeja apoyada en el vientre; parece un muñeco bonachón, tosco, pero en aquella bandeja se ofrecían al dios los corazones de las víctimas.

«Mensajero de los dioses: ¿qué quiere decir?», pregunté yo que había leído esa definición en una guía. «¿Es un demonio enviado por los dioses a la tierra para recibir el plato de las ofrendas? ¿O es un emisario de los hombres que ha de ir en busca de los dioses para presentarles el alimento?».

«¿Quién sabe...?», respondió Salustiano en suspenso, con el aire que asumía frente a esos problemas insolubles, como si escuchara las voces interiores de que disponía a la manera de manuales de consulta de su ciencia. «Podría ser la víctima misma, acostada en el altar, ofreciendo las propias vísceras en el plato... O el sacrificador que adopta la posición de la víctima porque sabe que mañana le tocará a él. Sin esa reversibilidad el sacrificio humano sería impensable... todos eran potencialmente sacrificadores y víctimas... La víctima aceptaba ser víctima porque había luchado para capturar a los otros como víctimas...».

«¿Podían ser comidos porque ellos mismos comían carne humana?», añadió yo, pero Salustiano habla ahora de la serpiente como símbolo de la continuidad de la vida y del cosmos.

Entretanto yo había entendido. Mi error con Olivia era el de considerarme comido por ella, mientras que debía de ser, incluso era (siempre había sido) yo quien la comía. La carne humana de sabor más atrayente es la del que come carne humana. Sólo nutriéndome vorazmente de Olivia dejaré de ser insípido para su paladar.

Con ese propósito me senté con ella a la hora de la cena, aquella noche. «¿Pero qué tienes? Esta noche estás raro», dijo Olivia, a quien jamás se le escapaba nada. El plato que nos habían servido se llamaba gorditas pellizcadas con manteca. Yo me absorbía en la tarea de devorar en cada albóndiga toda la fragancia de Olivia a través de una masticación voluptuosa, una vampiresca extracción de jugos vitales, pero comprendía que en lo que debía de ser una relación entre tres términos, yo-albóndiga-Olivia, se insertaba un cuarto término que asumía un papel dominante: el nombre de las albóndigas. El nombre «gorditas pellizcadas con manteca» era lo que sobre todo yo gustaba y asimilaba y poseía. Tanto que la magia del nombre continuó actuando sobre mí inclusive después de la comida, cuando nos retiramos juntos a nuestra habitación de hotel, tarde en la noche. Y por primera vez durante nuestro viaje a México el encantamiento de que habíamos sido víctimas se rompió y la inspiración que había favorecido los mejores momentos de nuestra convivencia volvió a visitarnos.

Nos encontramos por la mañana sentados en la cama en la posición del chac-mool, en la cara la expresión átona de las estatuas de piedra y en las rodillas la bandeja del anónimo desayuno de hotel al que tratábamos de añadir sabores locales pidiendo que nos trajeran también mangos, papayas, chirimoyas, guayabas, frutas que

en la dulzura de la pulpa ocultan sutiles mensajes de aspereza y acritud.

Nuestro viaje se desplazó a los territorios de los mayas. Los templos de Palenque emergen de la selva tropical, dominados por espesas montañas vegetales: enormes ficus de troncos múltiples como raíces, maculís de frondas color lila, aguacates, cada árbol envuelto en una capa de lianas y plantas trepadoras y colgantes. Al bajar por la empinada escalinata del Templo de las Inscripciones sentí vértigo. Olivia, a quien no le gustaban las escaleras, no había querido seguirme y se había quedado confundida con la multitud de grupos ruidosos, de sonidos y colores que los autobuses descargaban e ingurgitaban continuamente en el claro entre los templos. Me había trepado solo al Templo del Sol, hasta el bajorrelieve del Sol-jaguar, al Templo de la Cruz Foliada, hasta el bajorrelieve del quetzal (colibrí) de perfil, después al Templo de las Inscripciones, que no comporta únicamente una subida (y relativa bajada) de la escalinata monumental, sino también la bajada en la oscuridad (y relativa vuelta a subir) de la escalerilla que lleva a la cripta subterránea. En la cripta está la tumba del rey sacerdote (que había podido observar ya mucho más cómodamente pocos días antes en un perfecto facsímil del Museo de Antropología de la Ciudad de México) con la complicadísima losa de piedra esculpida en la que se ve al rey manejando una maquinaria de ciencia ficción que es para nuestros ojos como las que sirven para lanzar los cohetes espaciales, y que en cambio representa el descenso del cuerpo a los dioses subterráneos y el renacimiento de la vegetación.

Bajé, volví a subir a la luz del sol jaguar, en el mar de linfa verde de la hojas. El mundo giró, degollado por el cuchillo del rey sacerdote, yo me precipitaba desde los altos peldaños a la selva de turistas con sus cámaras y sus usurpados sombreros de anchas alas, la energía solar corría por tupidísimas redes de sangre y clorofila, yo vivía y moría en todas las fibras de lo que es masticado y digerido y en todas las fibras que comiendo y digiriendo se adueñan del sol.

Bajo la pérgola de paja de un restaurante a la orilla de un río donde Olivia me había esperado, nuestros dientes empezaron a moverse lentamente con ritmo parejo y nuestras miradas se clavaron la una en la otra con una intensidad de serpientes. Serpientes sumidas en la pasión de tragarnos mutuamente, conscientes de ser a la vez tragados por la serpiente que incesantemente nos digiere y asimila en el proceso de ingestión y digestión del canibalismo universal que pone su impronta en toda relación amorosa y anula los límites entre nuestros cuerpos y la sopa de frijoles, el huachinango a la veracruzana, las enchiladas...

Un rey escucha

El cetro se sostiene con la diestra, recto, ay si lo bajas, y por lo demás no tendrías dónde apoyarlo, junto al trono no hay mesitas o ménsulas o trípodes donde poner, qué sé yo, un vaso, un cenicero, un teléfono; el trono está aislado, en lo alto de unos peldaños estrechos y empinados, todo lo que dejas caer rueda y ya no se lo encuentra. Ay si el cetro se te escapa de la mano, tendrías que levantarte, bajar del trono para recogerlo, nadie puede tocarlo salvo el rey; y no está bien que el rey se incline hacia el suelo para alcanzar el cetro que ha ido a parar debajo de un mueble, o la corona, que es fácil que te ruede de la cabeza si te agachas.

Puedes apoyar el antebrazo en el brazo del trono, así no se cansa: hablo siempre de la derecha, que empuña el cetro; en cuanto a la izquierda, queda libre: puedes rascarte, si quieres; a veces el manto de armiño te da una picazón en el cuello que se propaga por la espalda, por todo el cuerpo. También el terciopelo del cojín, al calentarse, provoca una sensación irritante en las nalgas, en los muslos. No te prives de meter los dedos donde te pique, de soltarte el cinturón de hebilla dorada, de cambiar de lugar el collar, las medallas, las charreteras con flecos. Eres rey, nadie puede decirte nada, no faltaría más.

Debes mantener la cabeza inmóvil, no olvides que la corona se balancea sobre tu coronilla, no puedes encajarla hasta las orejas como una gorra en un día de viento; la corona culmina en una cúpula más voluminosa que la base que la sostiene, lo cual quiere decir que su equilibrio es inestable: si llegas a adormecerte, a abandonar el mentón en el pecho, terminará por irse al suelo y hacerse trizas; porque es frágil, sobre todo las partes de filigrana de oro engarzadas de brillantes. Cuando sientes que está por resbalar, debes tener la precaución de corregir su posición con ligeras sacudidas de la cabeza, pero has de estar atento a no levantarla con demasiada rapidez para que no choque contra el baldaquino que la roza con sus drapeados. En una palabra, debes mantener esa compostura real que se supone innata en tu persona.

Por lo demás, ¿qué necesidad tienes de tomarte tanto trabajo? Eres rey, todo lo que deseas ya es tuyo. Basta que levantes un dedo y te traen de comer, de beber, goma de mascar, mondadientes, cigarrillos de todas las marcas, todo en una bandeja de plata; cuando te da sueño, el trono es cómodo, tapizado, te basta con entrecerrar los ojos y abandonarte contra el respaldo, manteniendo en apariencia la posición de

siempre: que estés dormido o despierto no cambia nada, nadie se da cuenta. En cuanto a las necesidades corporales, no es un secreto para nadie que el trono está perforado, como cualquier trono que se respete; dos veces por día vienen a cambiar el recipiente; con más frecuencia si huele mal.

En una palabra, todo ha sido previsto para evitarte cualquier desplazamiento. Si te movieras no tendrías nada que ganar, y todo que perder. Si te levantas, si te alejas aunque sólo sea unos pocos pasos, si pierdes de vista el trono aunque sólo sea un instante, ¿quién te garantiza que cuando vuelvas no te encontrarás a otro sentado en él? Tal vez alguien que se te parece, igualito, idéntico. ¡Y vete a demostrar que el rey eres tú y no él! Un rey se distingue por el hecho de que está sentado en el trono, de que tiene la corona y el cetro. Ahora que estos atributos son tuyos, es mejor que no te separes de ellos ni un minuto.

Está el problema de desentumecerte las piernas, de evitar el hormigueo, la rigidez de las articulaciones: es cierto, es un grave inconveniente. Pero siempre puedes dar un puntapié, levantar las rodillas, acuclillarte en el trono, sentarte a la turca, naturalmente por breves periodos, cuando las cuestiones de estado lo permiten. Todas las noches vienen los encargados de lavarte los pies y te quitan las botas durante un cuarto de hora; por la mañana los del servicio desodorante te frotan las axilas con motas de algodón perfumado.

Se ha previsto también la eventualidad de que te asalten deseos carnales. Damas de la corte, oportunamente escogidas y adiestradas, desde las más robustas hasta las más delgadas, están a tu disposición, por turno, para subir los peldaños del trono y acercar a tus temblorosas rodillas sus amplias faldas vaporosas y revoloteantes. Las cosas que se pueden hacer, tú en el trono y ellas de frente o de espaldas o de costado, son diversas, y puedes despacharlas en unos instantes o, si las tareas del Reino te dejan bastante tiempo libre, puedes demorarte más, digamos hasta tres cuartos de hora; en este caso es una buena norma correr las cortinas del baldaquino, sustrayendo la intimidad del rey a las miradas extrañas, mientras los músicos entonan el camino de ronda con pisadas de suelas claveteadas, un golpeteo de melodías acariciadoras.

En una palabra, en el trono, una vez que has sido coronado, te conviene estar sentado sin moverte, día y noche. Toda tu vida anterior no ha sido sino la espera de llegar a ser rey; ahora lo eres; no te queda más que reinar. ¿Y qué es reinar sino esa otra larga espera? La espera del momento en que serás depuesto, en que deberás dejar el trono, el cetro, la corona, la cabeza.

Las horas se alargan; en la sala del trono la luz de las lámparas es siempre igual. Escuchas el tiempo que pasa: un rumor como de viento; el viento sopla en los corredores del palacio, o en el fondo de tu oreja. Los reyes no tienen reloj: se supone que son ellos los que gobiernan el fluir del tiempo, la sumisión a las reglas de un dispositivo mecánico sería incompatible con la majestad real. La extensión uniforme

de los minutos amenaza con sepultarte como una lenta avalancha de arena: pero tú sabes cómo escaparte. Te basta aguzar el oído y aprender a reconocer los ruidos del palacio, que cambian de una hora a otra: por la mañana resuena la trompeta del que iza la bandera en la torre, los camiones de la intendencia real descargan cestas y barricas en el patio de la despensa; las criadas sacuden las alfombras sobre la barandilla de la galería; por la noche chirrían al cerrarse los portales de hierro; de las cocinas sube un entrechocar de calderos; desde los establos algún relincho avisa que es la hora de cepillar los caballos.

El palacio es un reloj: sus cifras sonoras siguen el curso del sol, flechas invisibles indican el cambio de la guardia en el camino de ronda con pisadas de suelas claveteadas, un golpeteo de culatas de fusiles al que responde el chirriar del pedregullo bajo la oruga de los tanques que hacen ejercicios en la explanada. Si los ruidos se repiten en el orden habitual, con los debidos intervalos, puedes estar tranquilo, tu reino no corre peligro: por ahora, por esta hora, por este día.

Hundido en tu trono, te llevas la mano a la oreja, corres los drapeados del baldaquino para que no atenúen ningún susurro, ningún eco. Los días son para ti un sucederse de sonidos, unas veces claros, otras casi imperceptibles; has aprendido a distinguirlos, a evaluar su proveniencia y la distancia, conoces su sucesión, sabes cuánto duran las pausas, cada retumbo o crujido o tintineo que está por llegar a tu tímpano ya te lo esperas, lo anticipas con la imaginación, si tarda en producirse te impacientas. Tu ansiedad no se calma hasta que no se reanuda el hilo del oído, hasta que la urdimbre de ruidos bien conocidos no se remienda en el punto en que parecía abrirse una laguna.

Vestíbulos, escalinatas, galerías, corredores del palacio tienen cielos rasos altos, abovedados: cada paso, cada chasquido de cerradura, cada estornudo despiertan ecos, retumban, se propagan horizontalmente por una serie de salas que se comunican, vestíbulos, columnatas, puertas de servicio, y verticalmente por cajas de escaleras, vanos, pozos de luz, tuberías, conductos de chimeneas, huecos de montacargas, y todos estos recorridos acústicos convergen en la sala del trono. En el gran lago de silencio en el que flotas desembocan ríos de aire movido por vibraciones intermitentes; tú las interceptas y las descifras, atento, absorto. El palacio es todo volutas, todo lóbulos, es una gran oreja en la cual anatomía y arquitectura intercambian nombres y funciones: pabellones, trompas, tímpanos, caracoles, laberintos; tú estás aplastado en el fondo, en la zona más interna del palacio-oreja, de tu oreja; el palacio es la oreja del rey.

Aquí las paredes tienen oídos. Los espías acechan detrás de todos los cortinajes, las cortinas, los tapices. Tus espías, los agentes de tu servicio secreto que tienen la tarea de redactar informes minuciosos sobre las conjuras de palacio. En la corte los enemigos pululan, tanto que es cada vez más difícil distinguirlos de los amigos: se

sabe con seguridad que la conjura que te destronará será la de tus ministros y dignatarios. Y tú sabes que no hay servicio secreto donde no se hayan infiltrado agentes del servicio secreto adversario. Tal vez todos los agentes que tú pagas trabajan también para los conjurados, son ellos mismos conjurados; esto te obliga precisamente a seguir pagándoles para que estén quietos el mayor tiempo posible.

Pliegues voluminosos de informes secretos salen cada día de las máquinas electrónicas y son depositados a tus pies en los peldaños del trono. Es inútil que los leas: los espías no pueden sino confirmar la existencia de las conjuras, lo cual justifica la necesidad de su espionaje, y al mismo tiempo deben desmentir su peligrosidad inmediata, lo cual prueba que sólo el espionaje de ellos es eficaz. Por lo demás nadie cree que tú debes leer los informes que te preparan: en la sala del trono no hay luz suficiente para leer, y se supone que un rey no tiene necesidad de leer nada, el rey ya sabe lo que debe saber. Para tranquilizarte te basta oír el tecleo de las máquinas electrónicas que llega desde las oficinas de los servicios secretos durante las ocho horas reglamentarias del horario. Una multitud de operadores introduce en memoria nuevos datos, vigila complicadas tabulaciones en el vídeo, extrae de las impresoras nuevos informes que tal vez son siempre el mismo informe repetido cada día con mínimas variantes relativas a la lluvia o el buen tiempo. Con mínimas variantes las mismas impresoras producen las circulares secretas de los conjurados, las órdenes de servicio de los motines, los planos detallados de tu deposición y tu ejecución.

Puedes leerlos, si quieres. O fingir que los has leído. Lo que los espías escuchan y registran, ya sea siguiendo tus órdenes, ya las de tus enemigos, es todo lo que se puede traducir a las fórmulas de los códigos, introducido en los programas estudiados expresamente para producir informes secretos conformes a los modelos oficiales. Por amenazante o tranquilizador que sea, el futuro que despliegan esas hojas no te pertenece ya, no resuelve tu incertidumbre. Lo que quisieras que te fuese revelado, el miedo y la esperanza que te mantienen insomne, conteniendo la respiración en la noche, lo que tus oídos tratan de captar sobre ti, sobre tu destino, es otra cosa.

Este palacio, cuando subiste al trono, en el momento mismo en que se convirtió en tu palacio, se te volvió extraño. Desfilando a la cabeza del cortejo de la coronación lo atravesaste por última vez, entre las antorchas y los flabelos, antes de retirarte a esta sala de la cual no es prudente ni conforme a la etiqueta real que te alejes. ¿Qué haría un rey dando vueltas por los pasillos, las oficinas, las cocinas? En el palacio no hay otro lugar para ti más que esta sala.

El recuerdo de los otros recintos, como los viste la última vez, ha empalidecido enseguida en tu memoria; por otra parte, adornados como estaban para la fiesta, eran lugares irreconocibles, te perderías.

Más nítidos han permanecido en tu recuerdo ciertos escorzos de los días de la

batalla, cuando avanzabas al asalto del palacio a la cabeza de tus fieles de entonces (que ahora se aprestan seguramente a traicionarte): balaustradas rotas a golpes de mortero, brechas en los muros abrasados por los incendios, perforados por las ráfagas de armas automáticas. Ya no consigues pensarlo como el mismo palacio donde ahora ocupas el trono; si lo lograras, sería la señal de que el ciclo se ha cumplido y de que ha llegado la hora de tu ruina.

Antes de esto, en los años que pasaste conspirando en la corte de tu predecesor, veías otro palacio, porque los recintos asignados al personal de tu rango eran ya éstos y no aquéllos, y porque proyectabas tus ambiciones en las transformaciones que impondrías al aspecto de los lugares, una vez que llegaras a ser rey. La primera orden que da cada nuevo rey, apenas se instala en el trono, es la de cambiar la disposición y el destino de cada estancia, el mobiliario, las alfombras, los estucos. Tú también lo has hecho, y creíste que así marcarías tu verdadera posesión. En cambio no has hecho sino arrojar otros recuerdos en la trituradora de la desmemoria, de la que nada se recupera.

Claro, hay en el palacio salas llamadas históricas que te gustaría volver a ver, aunque hayan sido rehechas del suelo al cielo raso para restituirles el aire antiguo que con los años se pierde. Pero son las que han sido abiertas recientemente a la visita de los turistas. Debes mantenerte lejos: acurrucado en tu trono, reconoces en tu calendario de sonidos los días de visita por el ruido de los autobuses que se detienen en la explanada, la charla de los cicerones, los coros de exclamaciones admirativas en varias lenguas. También los días de cierre te está formalmente desaconsejado aventurarte en ellas: tropezarías con las escobas y los cubos y los recipientes de detergentes de los encargados de la limpieza. De noche te perderías, inmovilizado por los ojos enrojecidos que te obstruyen el paso, hasta que por la mañana te encontrarías bloqueado por grupos armados de cámaras cinematográficas, regimientos de viejas señoras con dientes postizos y velo azul sobre la permanente, señores obesos con la camisa floreada fuera de los pantalones y sombreros de paja, de alas anchas.

Si tu palacio es para ti desconocido e incognoscible, puedes intentar reconstruirlo parte por parte, situando cada pisada, cada acceso de tos en un punto del espacio, imaginando alrededor de cada señal sonora paredes, cielos rasos, pavimentos, dando forma al vacío en el que se propagan los ruidos y a los obstáculos con los cuales chocan, dejando que los sonidos mismos sugieran las imágenes. Un tintineo de plata no es sólo una cucharilla que ha caído del plato donde su equilibrio era inestable, sino también la punta de una mesa cubierta por un mantel de lino con un borde de encaje, iluminado por una alta vidriera sobre la cual cuelgan ramos de glicinas; un ruido sordo y suave no es sólo un gato que ha saltado sobre un ratón sino que viene de un sucucho húmedo de moho, cerrado por tablas erizadas de clavos.

El palacio es una construcción sonora que unas veces se dilata, otras se contrae,

se aprieta como una maraña de cadenas. Puedes recorrerlo guiado por los ecos, localizando crujidos, chirridos, imprecaciones, siguiendo respiraciones, roces, murmullos, gorgoteos.

El palacio es el cuerpo del rey. Tu cuerpo te manda mensajes misteriosos que acoges con temor, con ansiedad. En una parte desconocida de ese cuerpo anida una amenaza, tu muerte ya está allí apostada, las señales que te llegan tal vez te adviertan de un peligro sepulto en el interior de ti mismo. El cuerpo sentado de través en el trono ya no es el tuyo, estás privado de su uso desde que la corona te ciñe la cabeza, ahora tu persona se extiende por esta casa oscura, extraña, que te habla mediante enigmas. ¿Pero de verdad algo ha cambiado? También antes poco o nada sabías de lo que eras. Y tenías miedo, como ahora.

El palacio es una urdimbre de sonidos regulares, siempre iguales, como el latido del corazón, del que se separan otros sonidos discordantes, imprevistos. Una puerta se golpea, ¿dónde?, alguien corre por las escaleras, se oye un grito sofocado. Pasan largos minutos de espera. Un silbido largo y agudo resuena, tal vez desde una ventana de la torre. Responde otro silbido, desde abajo. Después, silencio.

¿Hay una historia que vincula un ruido con otro? No puedes por menos que buscar un sentido, que tal vez se esconde no en cada uno de los ruidos aislados sino en el medio, en las pausas que los separan. ¿Y si hay una historia, una historia que te concierne? ¿Una sucesión de consecuencias que terminará por envolverte? ¿O se trata sólo de un episodio indiferente, de los tantos que componen la vida cotidiana del palacio? Cada historia que crees adivinar remite a tu persona, en el palacio nada sucede en que el rey no tenga una parte, activa o pasiva. Del indicio más leve puedes extraer un auspicio acerca de tu suerte.

Para el ansioso, cada signo que rompe la norma se presenta como una amenaza. Te parece que cada mínimo acontecimiento sonoro anuncia la confirmación de tus temores. ¿Pero no podría ser cierto lo contrario? Prisionero en una jaula de repeticiones cíclicas, aguzas esperanzado el oído a cada nota que perturba el ritmo sofocante, a cada anuncio de una sorpresa que se prepara, a las barreras que se abren, a las cadenas que se rompen.

Tal vez la amenaza viene más de los silencios que de los ruidos. ¿Cuántas horas hace que no oyes el cambio de los centinelas? ¿Y si el destacamento de los guardias que te son fieles hubiese sido capturado por los conjurados? ¿Por qué no se oye el habitual entrecuchar de las cacerolas en la cocina? Tal vez los cocineros fieles han sido sustituidos por un equipo de sicarios, acostumbrados a envolver en silencio todos sus gestos, envenenadores que en este momento están impregnando silenciosamente de cianuro las comidas...

Pero quizás el peligro anida en esa regularidad. El trompetero lanza su son alto y agudo a la hora exacta de todos los días, ¿pero no te parece que su aplicación es

excesiva? ¿No notas en el redoble de los tambores una obstinación extraña, como un exceso de celo? El paso de marcha del destacamento que repercute a lo largo del camino de ronda parece marcar hoy una cadencia lúgubre, casi de pelotón de ejecución... Las orugas de los tanques se deslizan sobre el pedregullo casi sin chirriar, como si los mecanismos hubieran sido más aceitados que de costumbre: ¿con vistas a una batalla?

Tal vez las tropas de la guardia ya no sean las que te eran fieles... O bien, sin haber sido sustituidas, se hayan pasado al bando de los conjurados... Tal vez todo sigue como antes, pero el palacio está ya en manos de los usurpadores; todavía no te han detenido porque ya no cuentas; te han olvidado en un trono que ya no es un trono. El desarrollo normal de la vida del palacio es la señal de que el golpe de Estado se ha producido, un nuevo rey se sienta en un nuevo trono, tu condena ha sido pronunciada y es tan irrevocable que no hay razón para apresurarse a cumplirla...

No desvaríes. Todo lo que se oye mover en el palacio responde exactamente a las reglas que has impartido: el ejército obedece a tus órdenes como una máquina en marcha, el ceremonial del palacio no se permite la más mínima variante en la tarea de poner y quitar la mesa, descorrer las cortinas o desenrollar las alfombras de honor según las instrucciones recibidas; los programas radiofónicos son los que estableciste de una vez para siempre. Tienes la situación en mano, nada escapa a tu voluntad ni a tu control. Incluso la rana que croa en el estanque, el bullicio de los niños que juegan al gallo ciego, los tumbos del viejo chambelán por las escaleras, todo responde a tu designio, todo ha sido pensado, decidido, deliberado aun antes de que fuese perceptible para tus oídos. Aquí no vuela ni una mosca si tú no lo quieres.

Pero quizá nunca has estado tan cerca de perderlo todo como ahora que crees tenerlo todo en un puño. La responsabilidad de pensar el palacio en cada detalle, de contenerlo en la mente te obliga a un esfuerzo agotador. La obstinación en que se funda el poder nunca es tan frágil como en el momento de su triunfo.

Cerca del trono hay un ángulo de la pared del que de vez en cuando te llega una especie de retumbo: golpes lejanos como de quien llamara a una puerta. ¿Hay alguien que golpea al otro lado de la pared? Pero quizá más que de una pared se trata de una pilastra o de un montante que sobresale, más aún, de una columna hueca por dentro, tal vez una tubería vertical que atraviesa todas las plantas del palacio desde el sótano hasta el techo, por ejemplo un conducto de chimenea que parte de las calderas. Por esta vía los ruidos se transmiten a todo lo alto de la construcción; en un punto del palacio, no se sabe en qué planta pero sin duda encima o debajo de la sala del trono, algo golpea contra la pilastra; algo o alguien; alguien que da con el puño golpes rítmicos; por la resonancia amortiguada se diría que los golpes vienen de lejos.

Golpes que emergen de una profundidad oscura, sí, de abajo, golpes que suben del subsuelo. ¿Serán señales?

Estirando un brazo puedes golpear con el puño contra el ángulo. Repites los golpes como los has oído. Silencio. Ahora se oyen de nuevo. El orden de las pausas y de la frecuencia ha cambiado un poco. Esta vez también repites. Esperas. No tarda en llegar una nueva respuesta. ¿Has entablado un diálogo?

Para dialogar tendrías que conocer la lengua. Una serie de golpes seguidos, una pausa, otros golpes aislados: ¿son señales traducibles en un código? ¿Alguien está formando letras, palabras? ¿Alguien quiere comunicarse contigo, tiene cosas urgentes que decirte? Prueba la clave más simple: un golpe, a, dos golpes, be... O bien el código Morse, trata de distinguir sonidos breves y sonidos largos... A veces te parece que el mensaje transmitido consiste en un ritmo, como en una secuencia musical: también esto probaría la intención de llamar tu atención, de comunicar, de hablarte... pero no te basta: si las percusiones se suceden con regularidad han de formar una palabra, una frase... Quisieras ya proyectar en el desnudo goteo de sonidos tu deseo de palabras tranquilizadoras: «Majestad... nosotros los fieles velamos... descubriremos las insidias... larga vida...». ¿Es esto lo que te están diciendo? ¿Es esto lo que consigues descifrar tratando de aplicar todos los códigos imaginables? No, no se deduce nada de ese tipo. En todo caso el mensaje resultante es completamente distinto, algo como: «perro bastardo usurpador... Venganza... Caerás...».

Cálmate. Quizá sólo sea sugestión. Solamente el azar dispone esas combinaciones de letras y palabras. Quizá no se trata siquiera de señales: puede ser una corriente de aire que empuja una portezuela, o un niño que hace rebotar la pelota, o alguien que martillea clavos... clavos... «El ataúd... tu ataúd... —ahora los golpes forman estas palabras—, saldré de este ataúd... entrarás tú... enterrado vivo...». En fin, palabras sin sentido. Sólo tu sugestión superpone palabras incoherentes a esos retumbos informes.

Darí­a lo mismo imaginar que, cuando golpeas con los nudillos en las paredes tamborileando al azar, otro, que escucha quién sabe dónde en el palacio, cree comprender palabras, frases. Haz la prueba. Así, sin pensarlo. ¿Pero qué haces? ¿Por qué pones tanta concentración, como si estuvieras deletreando, silabeando? ¿Qué mensaje crees estar enviando por esta pared abajo? «También tú usurpador antes que yo... Te vencí... Podía haberte matado...». ¿Qué estás haciendo? ¿Estás tratando de justificarte frente a un rumor invisible? ¿A quién estás suplicando? «Te he perdonado la vida... Si te tomas un desquite, acuérdate...». ¿Quién crees que está, ahí abajo, golpeando la pared? ¿Crees que todavía está vivo tu predecesor, el rey a quien has expulsado del trono, de ese trono donde estás sentado, el prisionero a quien has hecho encerrar en la celda más profunda de los subterráneos del palacio?

Te pasas las noches escuchando el tam-tam subterráneo y tratando inútilmente de

descifrar sus mensajes. Pero te queda la duda de que sólo sea un rumor en tus oídos, la palpitación de tu corazón transido, o el recuerdo de un ritmo que aflora en tu memoria y despierta temores, remordimientos. En los viajes en tren, de noche, en el duermevela el traqueteo siempre igual de las ruedas se transforma en palabras repetidas, se convierte en una especie de canto monótono. Es posible y aun probable que cualquier oscilación de sonidos se torne para tu oído en el lamento de un prisionero, en las maldiciones de tus víctimas, en el jadeo amenazador de los enemigos que no consigues que mueran...

Haces bien en escuchar, en no aflojar ni un instante tu atención; pero convéncete de esto: a ti mismo es a quien escuchas, dentro de ti es donde cobran voz los fantasmas. Algo que no logras decirte ni siquiera a ti mismo trata dolorosamente de hacerse oír... ¿No te convences? ¿Quieres una prueba segura de que lo que oyes viene de dentro de ti, no de fuera?

Una prueba segura nunca la tendrás. Porque es cierto que los subterráneos del palacio están llenos de prisioneros, partidarios del soberano depuesto, cortesanos sospechosos de infidelidad, desconocidos que caen en las redadas que tu policía realiza periódicamente por precaución intimidatoria y que terminan olvidados en las celdas de seguridad... Como toda esa gente continúa sacudiendo día y noche las cadenas, golpeando con las cucharas contra las rejas, escandiendo protestas, entonando canciones sediciosas, no es de sorprenderse que llegue hasta ti algún eco de su estrépito, a pesar de que has mandado insonorizar paredes y pavimentos, y revestir esta sala de pesados cortinajes. No está excluido que de los subterráneos provenga precisamente lo que antes te parecía una percusión rítmica y ahora se ha convertido en una especie de trueno bajo y oscuro. Todo palacio se apoya en subterráneos donde está enterrado algún ser viviente o donde algún muerto no encuentra paz. No se trata de que te tapes las orejas con las manos: seguirás oyéndolo lo mismo.

No te detengas en los ruidos del palacio si no quieres quedar encerrado dentro como en una trampa. ¡Sal! ¡Escapa! ¡Muévete! ¡Fuera del palacio se extiende la ciudad, la capital del reino, de tu reino! ¡Has llegado a ser rey para poseer no este palacio triste y oscuro, sino la ciudad variada y abigarrada, estrepitosa, de las mil voces!

La ciudad está tumbada en la noche, ovillada, duerme y ronca, sueña y gruñe, manchas de sombra y de luz se desplazan cada vez que se vuelve de un costado o del otro. Cada mañana las campanas tocan a fiesta, o a rebato, o a vuelo: mandan mensajes pero no puedes fiarte nunca de lo que verdaderamente quieren decir: cuando tocan a muerto, te llega, mezclada por el viento, una excitada música de baile; con el campaneo festivo un estallido de gritos feroces. La respiración de la ciudad es lo que debes escuchar, una respiración que puede ser entrecortada y jadeante o

plácida y profunda.

La ciudad es un estruendo lejano en el fondo del oído, un murmullo de voces, un zumbido de ruedas. Cuando todo está quieto en el palacio, la ciudad se mueve, las ruedas corren por las calles, las calles corren como rayos de ruedas, los discos dan vueltas en los gramófonos, la púa rasca un viejo disco, la música va y viene, a tirones, oscila, abajo en el surco estruendoso de las calles, o sube alta con el viento que hace girar las hélices de las chimeneas. La ciudad es una rueda en cuyo perno estás inmóvil, escuchando.

En verano la ciudad pasa a través de las ventanas abiertas del palacio, vuela con todas sus ventanas abiertas y con las voces, estallidos de risa y de llanto, fragor de martillos neumáticos, croar de transistores. Es inútil que te asomes al balcón, viendo los techos desde arriba no reconocerías nada de las calles que no has vuelto a recorrer desde el día de la coronación, cuando el cortejo avanzaba entre banderas y colgaduras y batallones de guardias y todo te parecía ya entonces irreconocible, lejano.

El fresco de la noche no llega hasta la sala del trono pero tú lo reconoces por el murmullo de noche estival que te llega hasta aquí. A asomarte al balcón es mejor que renuncies: no sacarías sino que te picaran los mosquitos y no te enterarías de nada que no estuviera contenido ya en ese fragor como de caracola apoyada en la oreja. La ciudad retiene el fragor de un océano como en las volutas de la caracola, o de la oreja: si te concentras para escuchar sus olas ya no sabes qué es palacio, qué es ciudad, oreja, caracola.

Entre los sonidos de la ciudad reconoces cada tanto un acorde, una secuencia de notas, un motivo: toques de fanfarria, salmodiar de procesiones, coros de escolares, marchas fúnebres, cantos revolucionarios entonados por un desfile de manifestantes, himnos en tu honor cantados por las tropas que dispersan el desfile tratando de cubrir las voces de los opositores, bailables que el altavoz de un local difunde a todo volumen para convencer de que la ciudad continúa su vida feliz, nenias de mujeres que lloran a un hombre muerto en las refriegas. Ésta es la música que oyes; ¿pero puede llamarse música? De cada fragmento sonoro continúas recabando señales, informaciones, indicios, como si en esta ciudad todos los que tocan música o cantan o ponen discos no quisieran sino transmitirte mensajes precisos y unívocos. Desde que subiste al trono lo que escuchas no es la música sino sólo la confirmación de cómo es utilizada la música: en los ritos de la buena sociedad, o para entretenimiento de la multitud, para la salvaguardia de las tradiciones, la cultura, la moda. Ahora te preguntas qué quería decir para ti escuchar una música por el solo placer de entrar en el dibujo de las notas.

En un tiempo para darte alegría te bastaba musitar un «pereperapé» con los labios y con el pensamiento, imitando el motivo que habías recogido, en una simple canzonetta o en una complicada sinfonía. Ahora intentas hacer «pereperapé» pero no sucede nada: no te viene a la memoria ningún motivo.

Había una voz, una canción, una voz de mujer que cada tanto el viento te traía hasta aquí arriba, desde una ventana abierta cualquiera, era una canción de amor que en las noches de verano el viento te traía a jirones y, apenas te parecía que habías aferrado algunas notas, ya se perdía, nunca estabas seguro de haberla oído realmente y no sólo imaginado, no sólo deseado oírla, el sueño de una voz de mujer que canta en la pesadilla de tu largo insomnio. Es eso lo que estabas esperando silencioso y atento: ya no es el miedo lo que te hace aguzar el oído. Has vuelto a oír ese canto que ahora te llega claramente en cada nota y timbre y veladura, desde la ciudad que había sido abandonada por toda la música.

Hacía tanto que no te sentías atraído por nada, tal vez desde el tiempo en que todas tus fuerzas estaban empeñadas en la conquista del trono. Pero del ansia que te devoraba, ahora sólo recuerdas el encarnizamiento contra los enemigos que había que destruir, que no te permitía desear ni imaginar otra cosa. Era también entonces un pensamiento de muerte el que te acompañaba, día y noche, como ahora que espías la ciudad en la oscuridad y en el silencio del toque de queda que has impuesto para defenderte de la rebelión que se está preparando, y sigues las pisadas de las patrullas de ronda en las calles vacías. Y cuando en la oscuridad una voz de mujer se abandona al canto, invisible en el alféizar de una ventana apagada, de pronto te vuelven pensamientos de vida: tus deseos tienen nuevamente un objeto: ¿cuál? No la canción que habrás oído demasiadas veces, ni la mujer que nunca viste: te atrae esa voz como voz, tal como se ofrece en el canto.

Esa voz viene seguramente de una persona, única, irreplicable como toda persona, pero una voz no es una persona, es algo suspendido en el aire, separado de la solidez de las cosas. También la voz es única e irreplicable, pero tal vez de un modo diferente del de la persona: podrían, voz y persona, no parecerse. O bien parecerse de un modo secreto, que no se ve a primera vista: la voz podría ser el equivalente de todo lo más oculto y más verdadero de la persona. ¿Es otro tú sin cuerpo el que escucha esa voz sin cuerpo? Que la oigas realmente o la recuerdes o la imagines, da igual.

Y sin embargo tú quieres que sea tu propio oído el que perciba esa voz, por lo tanto lo que te atrae no es sólo un recuerdo o una fantasía sino la vibración de una garganta de carne. Una voz significa esto: hay una persona viva, garganta, tórax, sentimientos, que empuja en el aire esa voz diferente de todas las otras voces. Una voz pone en acción la úvula, la saliva, la infancia, la pátina de la vida vivida, las intenciones de la mente, el placer de dar una forma propia a las ondas sonoras. Lo que te atrae es el placer que esta voz pone en existir: en existir como voz, pero ese placer te lleva a imaginar de qué modo la persona podría ser tan diferente de cualquier otra cuanto es diferente su voz.

¿Estás tratando de imaginarte la mujer que canta? Pero cualquiera que sea la imagen que trates de atribuirle en tu fantasía, la imagen-voz será siempre más rica.

No querrás por cierto perder ninguna de las posibilidades que encierra; por eso te conviene atenerte a la voz, resistir a la tentación de salir corriendo del palacio y explorar la ciudad calle por calle hasta encontrar a la mujer que canta.

Pero es imposible retenerte. Hay una parte de ti mismo que corre al encuentro de la voz desconocida. Contagiado de su placer de dejarse oír, quisieras que ella te oyese escuchar, quisieras ser también tú una voz, oída por ella como tú la oyes.

Lástima que no sepas cantar. Si hubieras sabido cantar tal vez tu vida habría sido diferente, más feliz; o triste, con una tristeza distinta, una armoniosa melancolía. Tal vez no hubieras sentido necesidad de ser rey. Ahora no estarías aquí, en este trono que cruje, espionando las sombras.

Enterrada en el fondo de ti mismo tal vez existe tu verdadera voz, el canto que no sabe separarse de tu garganta apretada, de tus labios áridos y tensos. O bien tu voz vaga dispersa por la ciudad, timbres y tonos diseminados en el rumor. El que nadie sabe que eres, o que has sido, o que podrías ser se revelaría en esa voz.

Prueba, concéntrate, apela a tus fuerzas secretas. ¡Ahora! ¡No, así no! Prueba otra vez, no te desalientes. Y ahora sí: ¡milagro! ¡No crees en tus oídos! ¿De quién es esa voz de cálido timbre de barítono que se alza, se modula, se acuerda con los fulgores de plata de la voz de ella? ¿Quién canta en dúo con ella como si fueran dos faces complementarias y simétricas de la misma voluntad canora? Eres tú el que canta, no hay duda, ésa es tu voz que finalmente puedes escuchar sin extrañeza ni fastidio.

¿Pero de dónde consigues sacar esas notas si tu pecho sigue contraído y tus dientes apretados? Te has convencido de que la ciudad no es sino una extensión física de su persona: ¿y de dónde vendría la voz del rey si no del corazón mismo de la capital de su reino? Con la misma agudeza auditiva con que has conseguido captar y seguir hasta este momento el canto de esa mujer desconocida, reúnes ahora los cien fragmentos de sonido que unidos forman una voz inconfundible, la voz que es sólo tuya.

Eso es, aleja de tu oído toda intrusión y distracción, concéntrate: la voz de mujer que te llama y tu voz que la llama debes captarlas juntas en la misma intención de escucha (¿o prefieres llamarlo mirada del oído?). ¡Ahora! No, todavía no. No renuncies, prueba de nuevo. Dentro de un momento su voz y la tuya se responderán y fundirán hasta el punto de que ya no sabrás distinguir las... Pero demasiados sonidos se sobreponen, frenéticos, cortantes, feroces: la voz de ella desaparece sofocada por el estruendo de muerte que invade el exterior, o que tal vez resuena dentro de ti. La has perdido, te has perdido, la parte de ti que se proyecta en el espacio de los sonidos corre ahora por las calles entre las patrullas del toque de queda. La vida de las voces ha sido un sueño, tal vez ha durado sólo unos pocos segundos como duran los sueños, mientras afuera la pesadilla continúa.

Sin embargo, tú eres el rey: si buscas a una mujer que vive en tu capital, reconocible por su voz, estarás sin duda en condiciones de encontrarla. Suelta a tus espías, da orden de registrar todas las calles y todas las casas. ¿Pero quién conoce esa voz? Sólo tú. Nadie puede hacer esa búsqueda salvo tú. Hete aquí que, cuando al fin se te presenta un deseo que realizar, te das cuentas de que ser rey no sirve de nada.

Espera, no te desalientes enseguida, un rey tiene tantos recursos, ¿es posible que no sepas imaginar un sistema para conseguir lo que quieres? Podrías convocar un concurso de canto: por orden del rey todas las súbditas del reino que tienen voz para cantar agradablemente se presentarían en el palacio. Sería sobre todo una astuta maniobra política, para apaciguar los ánimos en una época revuelta y consolidar los vínculos entre el pueblo y la corona. Puedes imaginarte fácilmente la escena: en esta sala ornada para una fiesta, un palco, una orquesta, un público formado por la flor y nata de la corte, y tú impasible en el trono, escuchando cada agudo, cada gorjeo con la atención que corresponde a un juez imparcial: de pronto alzas el cetro, proclamas: «¡Es ella!».

¿Cómo no reconocerla? Ninguna otra voz es más diferente que las que suelen cantar para el rey, en las salas iluminadas por arañas de cristal, entre las plantas de kentia que abren anchas hojas palmeadas; has asistido a tantos conciertos en tu honor en las fechas de los aniversarios gloriosos; toda voz que se sabe escuchada por el rey adquiere un esmalte frío, una vítrea complacencia. En cambio aquélla era una voz que venía de la sombra, contenta de manifestarse sin salir de la oscuridad que la ocultaba y de tender un puente hacia cualquier presencia envuelta en la misma oscuridad.

¿Pero estás seguro de que delante de los peldaños del trono sería la misma voz? ¿Que no trataría de imitar la impostación de las cantantes de corte? ¿Que no se confundiría con las tantas voces que te has acostumbrado a escuchar aprobando con condescendencia y siguiendo el vuelo de una mosca? La única manera de impulsarla a revelarse sería el encuentro con tu verdadera voz, con ese fantasma de voz tuya que has evocado desde la tempestad sonora de la ciudad. Bastaría que cantases, que liberases esa voz que siempre has ocultado a todos, y ella te reconocería enseguida como quien realmente eres, y uniría a tu voz la suya, la verdadera.

Entonces una exclamación de sorpresa se propagaría en la corte: «El rey canta... Escuchad cómo canta el rey...». Pero la compunción con que es buena norma escuchar al rey, diga o haga lo que quiera, no tardaría en tomar la delantera. Los rostros y los gestos expresarían una aprobación condescendiente y mesurada, como diciendo: «Su Majestad se digna a entonar una romanza...» y todos se pondrían de acuerdo en que una exhibición canora forma parte de las prerrogativas del soberano (aunque después bajo capa te cubran de ridículo y de insultos).

En una palabra, aunque cantaras bien, nadie te escucharía, no te escucharían a ti, tu canción, tu voz: escucharían al rey, de la manera en que se escucha a un rey, acogiendo lo que viene desde arriba y que no significa sino la inmutable relación entre el que está arriba y el que está abajo. Tampoco ella, la única destinataria de tu

canto, podría oírte: no sería tu voz la que oyera; escucharía al rey rígida en una reverencia, con la sonrisa prescrita por la etiqueta que enmascara un rechazo preconcebido.

Toda tentativa tuya por salir de la jaula está destinada al fracaso: es inútil que te busques a ti mismo en un mundo que no te pertenece, que tal vez no existe. Para ti sólo existe el palacio, las grandes bóvedas resonantes, los turnos de los centinelas, los tanques que hacen rechinar el pedregullo, los pasos apresurados por la gran escalera que podrían ser cada vez los que anuncian tu fin. Éstos son los únicos signos con que el mundo te habla, no apartes de ellos tu atención ni un instante, apenas te distraes ese espacio que has construido a tu alrededor para contener y vigilar tus miedos se desgarran y se hacen trizas.

¿No lo consigues? ¿En tus oídos resuenan ruidos nuevos, insólitos? ¿Ya no estás en condiciones de distinguir los clamores que vienen de fuera y los de dentro del palacio? Tal vez ya no hay un dentro y un fuera: mientras estabas dedicado a escuchar las voces, los conjurados aprovecharon el debilitamiento de la vigilancia para desencadenar la revuelta.

Ya no hay un palacio a tu alrededor, hay la noche llena de gritos y de disparos. ¿Dónde estás? ¿Vives todavía? ¿Has escapado a los conjurados que han hecho irrupción en la sala del trono? ¿La sala secreta te ha abierto el camino de la fuga? La ciudad estalla en llamas y en gritos. La noche estalla, se vuelca dentro de sí misma. Oscuridad y silencio se precipitan dentro de sí mismos y arrojan fuera su reverso de fuego y alaridos. La ciudad se acartucha como una hoja que se quema. Corre, sin corona, sin cetro, nadie puede darse cuenta de que eres el rey. No hay noche más oscura que una noche de incendios. No hay hombre más solo que el que corre entre una multitud vociferante.

La noche del campo vela sobre los sufrimientos de la ciudad. Una alarma se propaga con los estridores de los pájaros nocturnos, pero cuanto más se aleja de los muros, más se pierde entre los crujidos en la oscuridad de siempre: el viento entre las hojas, el fluir de los torrentes, el croar de las ranas. El espacio se dilata en el silencio sonoro de la noche, en el que los acontecimientos son puntos de fragor repentino que se encienden y se apagan: el estallido de una rama que se quiebra, el chillido de un lirón cuando entra una serpiente en la madriguera, dos gatos enamorados que se pelean, un desmoronamiento de piedras bajo tu paso de fugitivo.

Jadeas, jadeas, bajo el cielo oscuro parece oírse sólo tu jadeo, la crepitación de las hojas bajo tus pies que tropiezan. ¿Por qué han callado ahora las ranas? No, vuelven a empezar. Ladra un perro... detente. Los perros se contestan desde lejos. Hace tanto tiempo que caminas en la oscuridad cerrada, has perdido toda idea de dónde puedes encontrarte. Aguzas el oído. Alguien jadea como tú. ¿Dónde? La noche es toda respiraciones. Un viento bajo se ha levantado como de la hierba. Los grillos no paran

nunca, por todas partes. Si aíslas un sonido del otro, parece prorrumpir de pronto clarísimo; en cambio también estaba antes, escondido entre los otros sonidos.

También tú estabas, antes. ¿Y ahora? No sabrías contestar. No sabes cuál de esas respiraciones es la tuya. Ya no sabes escuchar. Ya no hay nadie que escuche a nadie. Sólo la noche se escucha a sí misma.

Tus pasos retumban. Sobre tu cabeza ya no está el cielo. La pared que tocas estaba cubierta de musgo, de moho; ahora hay roca a tu alrededor, desnuda piedra. Si llamas, también tu voz repercute... ¿Dónde? «Ohooo... Ohooo...». Tal vez has terminado en una gruta: una caverna sin fin, una galería subterránea...

Durante años has hecho excavar subterráneos debajo del palacio, debajo de la ciudad, con ramales que llevan a campo raso... Querías asegurarte la posibilidad de desplazarte por todas partes sin ser visto; sentías que podías poseer tu reino sólo desde las vísceras de la tierra. Después dejaste que las excavaciones fueran abandonadas. Y ahora te has refugiado en tu madriguera. O estás preso en tu trampa. Te preguntas si alguna vez encontrarás el camino para salir de aquí. Salir: ¿y dónde?

Golpes. En la piedra. Sordos. Rítmicos. ¿Como una señal! ¿De dónde vienen? Tú conoces esa cadencia. ¿Es la llamada del prisionero! Responde. Golpea tú también contra la pared. Grita. Si mal no recuerdas, el subterráneo comunica con las celdas de los prisioneros de estado...

No sabes quién eres: ¿liberador o carcelero? ¿O más bien alguien que se ha perdido bajo tierra, como él, escapando al enterarse de la batalla que se libra en la ciudad de la que depende su suerte?

Si está errando fuera de la celda, es señal de que han venido a quitarle las cadenas, a abrirle las rejas. Le han dicho: «¡El usurpador ha caído! ¡Volverás al trono! ¡Recuperarás la posesión del palacio!». Después algo salió mal. Una alarma, un contraataque de las tropas reales, y los liberadores corrieron por las galerías dejándolo solo. Naturalmente, se ha perdido. Bajo estas bóvedas de piedra no llega ninguna luz, ningún eco de lo que sucede allá arriba.

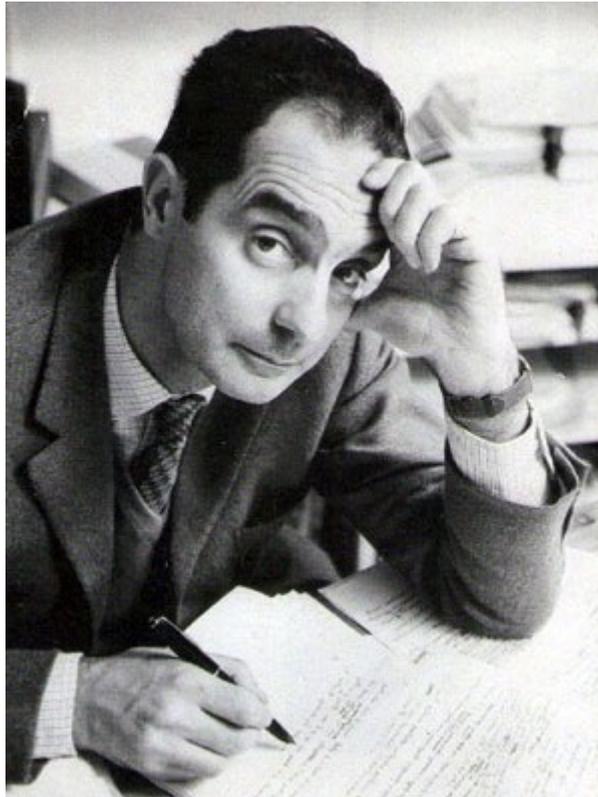
Ahora podréis hablaros, escucharos, reconocer vuestras voces. ¿Le dirás quién eres? ¿Le dirás que has reconocido en él a aquel a quien tuviste tantos años en la cárcel? ¿Aquel a quien oías maldecir tu nombre jurando vengarse? Ahora estáis los dos perdidos bajo tierra, y no sabéis quién de vosotros es el rey y quién el prisionero. Estás por creer que, como quiera que sea, nada cambia: en este subterráneo te parece haber estado siempre encerrado, enviando señales... te parece que tu suerte ha estado siempre en suspenso, como la suya. Uno de vosotros se quedará aquí abajo... El otro...

Pero tal vez él, aquí abajo, se ha sentido siempre arriba, en el trono, con la corona en la cabeza, el cetro. ¿Y tú? ¿No te sentías siempre prisionero? ¿Cómo puede entablarse un diálogo entre vosotros si cada uno, en vez de las palabras del otro, cree

oír las tuyas, repetidas por el eco? Para uno de vosotros se avecina la hora de la salvación, para el otro la ruina. Sin embargo la ansiedad que no te abandonaba nunca ahora parece haberse desvanecido. Escuchas los retumbos y los rumores sin sentir ya la necesidad de separarlos y descifrarlos, como si formaran una música. Una música que te devuelve a la memoria la voz de la mujer desconocida. ¿Pero la estás recordando o la oyes realmente? Sí, es ella, es su voz modulando aquel motivo como un llamado bajo las bóvedas de piedra. Podría haberse perdido ella también, en esta noche de fin del mundo. Respóndele, hazte oír, mándale un llamado para que pueda encontrar el camino en la oscuridad y reunirse contigo. ¿Por qué callas? ¿Justo en este momento te falla la voz? Ahora otro llamado se alza desde la oscuridad, en el lugar de donde venían las palabras del prisionero. Es un llamado bien reconocible, que responde a la mujer, ¡es tu voz, la voz a la que dabas forma para contestarle a ella, extrayéndola del polvillo de los sonidos de la ciudad, la voz que le enviabas desde el silencio de la sala del trono! El prisionero está cantando tu canción, como si no hubiera hecho otra cosa que cantarla, como si sólo hubiese sido cantada por él...

A su vez ella responde. Las dos voces van una al encuentro de la otra, se superponen, se funden como ya las habías oído unirse en la noche de la ciudad, seguro de que eras tú el que cantaba con ella. Ahora seguramente ella lo ha alcanzado, oyes sus voces, vuestras voces que se van alejando juntas. Es inútil que trates de seguir las: se van convirtiendo en un susurro, un bisbiseo, desaparecen.

Si alzas los ojos verás una claridad. Sobre tu cabeza la mañana inminente está iluminando el cielo: lo que te sopla en la cara es el viento que mueve las hojas. Estás de nuevo al sereno, ladran los perros, los pájaros despiertan, los colores vuelven a la superficie del mundo, las cosas ocupan otra vez el espacio, los seres vivientes dan de nuevo señales de vida. Tú también estás, aquí en medio, en el hormigueo de ruidos que se levantan de todos lados, en el zumbido de la corriente, en el pulsar de los pistones, en el rechinar de los engranajes. En alguna parte, en un pliegue de la tierra, la ciudad despierta, con un golpeteo, un martilleo, un chirrido en aumento. Ahora un retumbo, un fragor, un estruendo ocupa todo el espacio, absorbe todos los llamados, los suspiros, los sollozos...



ITALO GIOVANNI CALVINO MAMELI. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, durante la que luchó contra los nazis en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Las cósmicas* (1965), *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Toscana, Italia, en 1985.